

Laboratorio Transmedia | Núm. 2 | 2022

# RAÍCES Y ALAS

*Recuerdos y ficciones*



VV.AA.

ED. LITERARIA: MANUEL BROULLÓN







# Raíces y alas

(Recuerdos y ficciones)

Colección Laboratorio Transmedia  
Núm. 2

VV. AA.

(Ed. literaria: Manuel Broullón)



Colección Laboratorio Transmedia  
Número 2

ISSN 2794-0861

© De los autores de los textos (2022)  
Edición literaria a cargo de Manuel Broullón  
Portada: José Cea Gallego

Entidad editora: Laboratorio transmedia  
Universidad Complutense de Madrid  
(Proyecto de innovación docente UCM 145)

Lugar de edición: Madrid (España)  
Facultad de Ciencias de la Información  
Avda. Complutense, núm. 3, 28040

<https://www.ucm.es/transmedialab/>



Licencia Creative Commons 2.0  
Reconocimiento—NoComercial—SinObraDerivada  
CC BY-NC-ND

Usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- El licenciadore no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento: Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciadore o lo recibe por el uso que hace.
- NoComercial: No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- SinObraDerivada: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede difundir el material modificado

# Índice

Editorial  
MANUEL BROULLÓN.....7

Prólogo: Un lugar donde guarecerse  
CRISTINA SÁNCHEZ-ANDRADE POTTER.....9

Poema introductorio  
RAFA YÁÑEZ JATO.....11

## RAÍCES Y ALAS (RECUERDOS Y FICCIONES)

Un pueblo tranquilo  
M.<sup>a</sup> DOLORES SÁNCHEZ GARCÍA.....15

Recuerdos de mi niñez  
ANA DÁMASO PARDILLO.....19

Hermanas  
ESPERANZA BASURTO.....23

Noviembre  
AGUSTÍN MARTÍN MARTÍNEZ.....25

Un cucurucho de caspicias  
M.<sup>a</sup> DE LA CABEZA ARREDONDO MONTOYA.....29

Mi sombrero de paja  
MARISOL BARTOLOMÉ FERNÁNDEZ.....33

El tesoro  
PALOMA MARDOMINGO LINACERO.....41

El poyete JOSÉ PRADO VALLE.....	43
A través de su mirada ANTONIO SOMODEVILLA.....	57
Gachas JOSÉ CEA GALLEGO.....	61
«Que no me entere yo...» M.ª DE LA CABEZA ARREDONDO MONTOYA.....	63
La escalera de la calle Segovia MAYTE MARTÍN DUCE.....	69
La Nela..... PALOMA MARDOMINGO LINACERO	73
Hégira de esperanza JUAN NÚÑEZ-CACHO DEL ÁGUILA.....	77
Mohacho MARÍA LUISA VILLALOBOS SAAVEDRA.....	81
Pasaporte a la India M.ª DOLORES SÁNCHEZ GARCÍA.....	85
La mirada EMILIO GUTIÉRREZ PÉREZ.....	91
La hija del herrero CARMEN MENÉNDEZ LLANEZA.....	95
Vacaciones con los abuelos CARMEN HERNÁNDEZ ALDEA.....	99

El poyete JOSÉ PRADO VALLE.....	43
A través de su mirada ANTONIO SOMODEVILLA.....	57
Gachas JOSÉ CEA GALLEGO.....	61
«Que no me entere yo...» M.ª DE LA CABEZA ARREDONDO MONTOYA.....	63
La escalera de la calle Segovia MAYTE MARTÍN DUCE.....	69
La Nela..... PALOMA MARDOMINGO LINACERO	73
Hégira de esperanza JUAN NÚÑEZ-CACHO DEL ÁGUILA.....	77
Mohacho MARÍA LUISA VILLALOBOS SAAVEDRA.....	81
Pasaporte a la India M.ª DOLORES SÁNCHEZ GARCÍA.....	85
La mirada EMILIO GUTIÉRREZ PÉREZ.....	91
La hija del herrero CARMEN MENÉNDEZ LLANEZA.....	95
Vacaciones con los abuelos CARMEN HERNÁNDEZ ALDEA.....	99

El regalo	
MERCEDES ASENSIO MARTÍNEZ DE ARAGÓN.....	103
El paso del tiempo	
JUVEN GÓMEZ ESCALONILLA.....	107
Cuidado con lo que deseas...	
MARÍA VICTORIA MARTÍNEZ SILIÓ.....	113
Acertijo	
MAYTE MARTÍN DUCE.....	117
La puerta	
ESPERANZA BASURTO .....	119
Biografías de las autoras y autores.....	121



## Editorial

El 27 de noviembre de 2021 era sábado, un día cualquiera del final de otoño, frío, seco, con el cielo ligeramente morado sobre Madrid. Era la víspera de una nueva semana lectiva en un curso bastante avanzado que, poco a poco, se precipitaba hacia su final. El lunes siguiente yo debía explicar a mis estudiantes de la Universidad para Mayores los *Diarios indios* de Chantal Maillard, toda una aproximación poética a la realidad, al mundo, al extranjero y al otro... Cuando, de repente, las noticias comenzaron a anunciar en bucle que la escritora Almudena Grandes había fallecido a los 62 años de edad.

Llegó el lunes. Poco antes de las cinco de la tarde, entrando en la Facultad de Óptica de la Complutense, donde está la sede de San Blas de la Universidad para Mayores, sentí la necesidad de hacerle un pequeño homenaje a Almudena Grandes al comienzo de la clase. Sobre todo, porque la asignatura a impartir era «Literatura del siglo XXI». Así es que comencé la lección con esta cita de la escritora: «Lo que se lleva el olvido, lo traen las palabras». Después, recordamos las obras que habíamos leído, y cómo los libros, al final, siempre forman parte de nuestra mirada y de nuestra experiencia, incluso si estos cuentan cosas que nunca hemos vivido. Llegamos, sin saber cómo, a un punto de partida privilegiado para comenzar el viaje a la India a través de la prosa poética de Chantal Maillard, en una conversación entre textos y escrituras a la que nos incorporamos desde la mirada atenta de quien lee.

El curso prosiguió y, al hilo de un seminario sobre la narrativa testimonial contemporánea, propuse a mis estudiantes hacer un taller de escritura creativa sobre narración y memoria. Hubo quien decidió escribir desde la experiencia propia, dando lugar a relatos de valor antropológico y documental. Otras personas, conscientes del poder de la ficción, decidieron imaginar sobre el fondo de un escenario realista, porque, a veces, contamos mentiras para alcanzar verdades mayores.

Cuando el curso terminó, un grupo de aquellos estudiantes de «Literatura del siglo XXI» decidió continuar adelante, revisar los textos, conscientes de que escribir es siempre reescribir, y publicar la edición que ahora llega hasta tus manos. Ellas y ellos han elegido el formato, el orden de los relatos, los criterios de la edición, la portada y hasta el título, que procede de un poema aforístico de Juan Ramón Jiménez: «Raíces y alas. Pero que las alas arraiguen y que las raíces vuelen».

Ya que casi al principio del curso nos visitó en clase la escritora Cristina Sánchez-Andrade, que compartió con el grupo de estudiantes el proceso de creación de su novela *Las inviernas*, el grupo de edición quiso que la autora amadrinara la obra, a quien le agradecemos que haya hecho un hueco entre sus muchas ocupaciones para acompañar a otras voces en este esfuerzo colectivo.

Por otro lado, el grupo no ha querido olvidarse de esa experiencia enriquecedora y transformadora que es la Universidad para Mayores de la Complutense, en donde coincidimos, nos conocemos, intercambiamos y siempre salimos ganando. Pero donde nada de esto sería posible sin quienes gestionan el día a día: no solo el tutor del grupo, Rafa Yáñez Jato, merece un agradecimiento, sino que como, además, él también es poeta, nos ha regalado un poema inédito que colocamos al comienzo, para marcar el espacio y el tiempo en el que ha surgido la obra: la Facultad de Óptica en el barrio de San Blas.

Escribir y recordar, escribir y leer los clásicos y los contemporáneos, escribir para entrar en contacto, escribir, en definitiva, para que «lo que se lleva el olvido, lo traigan las palabras».

MANUEL BROULLÓN  
10 de mayo de 2022

# Prólogo:

## Un lugar donde guarecerse

CRISTINA SÁNCHEZ-ANDRADE POTTER

Que nadie se engañe: el cerebro no es una cajita que guarda recuerdos. Porque, a lo que se dedica la memoria, es, por encima de todo, a olvidar. Y de ahí la importancia de escribir, de dejar nuestro legado de historias por escrito.

En todos los hogares existe una mínima tradición oral. En torno a la comida, o al caer la noche, ¿en que casa no se cuentan o contaron historias? En las familias siempre hay alguien que lo hace con especial maestría, alguien que sabe aderezar los relatos que a su vez le contaron con el producto de la propia fantasía. Por eso es fundamental que ese fondo de narrativa oral, tan profundo como lleno de imaginación, no se pierda.

La vida no es la que uno vivió, dijo García Márquez en su libro de memorias, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla. En este sentido, este libro que sostienes entre las manos es una píldora concentrada de literatura, entendida en su sentido más amplio: el placer maravilloso de construir mundos con palabras, de dejar embelesados a sus lectores con todo aquello que estos intrépidos y avezados estudiantes de la Universidad para Mayores han sido capaces de recordar o de imaginar. Son relatos erizados de emoción, con personajes de carne y hueso, que viven y sienten como cualquiera de nosotros, con los que nos sentimos identificados. Por eso este libro es un lugar en donde guarecerse.

Tal y como dijo el escritor italiano Italo Calvino, te propongo que busques una postura cómoda para leerlo. Pon los pies en alto, si puedes, y reposa la nuca en un cojín. Tápate con una mantita. Apaga el móvil o la televisión y prepárate para emprender un viaje, corto pero de gran intensidad. No te arrepentirás.

Sobre todo: no lo olvidarás.







# Raíces y alas

(Recuerdos y ficciones)



# Un pueblo tranquilo

M.<sup>a</sup> DOLORES SÁNCHEZ GARCÍA

A Laura le encantaban los pueblos pequeños, con ese olor a leña que sugiere un hogar acogedor, pero sobre todo, por la tranquilidad y el sosiego que se respira en ellos.

Laura subía la cuesta muy animada. El autobús de línea la había dejado en la carretera comarcal que bordeaba el pueblo. Su amiga la había invitado a pasar el fin de semana en aquel lugar y a ella le iba genial romper la rutina y olvidar el estrés de la ciudad un par de días.

La casa de su amiga estaba a las afueras del pueblo, su GPS le señalaba el camino. La urbanización era antigua, de casas modestas con patios alrededor. La montaña casi se podía tocar, de hecho, la casa de su amiga era la última de la empinada calle sin salida. A partir de allí, las vacas y la vegetación se adueñaban del terreno.

Al llegar a la verja, el sol apenas asomaba por el horizonte. Solo entonces cayó en la cuenta de que quizás era demasiado pronto, Elisa estaría dormida, siendo, como era, trasnochadora. Su mochila no pesaba demasiado y le apetecía caminar, hacía una temperatura muy agradable. Tomó un sendero que se abría entre dos fincas colindantes y empezó a caminar, respirando contenta el aire limpio y fresco. Calculó emplear una hora en su paseo. Como el sendero se hacía cada vez más empinado, decidió tomar aliento en un recodo, donde se encontró con dos grandes rocas. Su forma física era pésima. Desde allí divisaba un paisaje campestre de pequeñas fincas ganaderas, la urbanización y, a lo lejos, el pequeño pueblo. Al apoyarse en la roca tocó algo extraño: era una lata de cerveza. La miró enfadada y pensó lo guarra que es la gente en cualquier lugar. El sol se reflejaba en la lata y la deslumbró. Laura entornó los ojos y, cuando volvió a mirar, algo extraño atrajo su atención. Dio un paso atrás, horrorizada: había un dedo necrosado incrustado en el agujero de la lata. No miró más, salió corriendo

cuesta abajo, tropezando por el desigual terreno. Muy excitada, llegó a casa de su amiga. Ya no pensó en la hora y llamó al timbre con insistencia. No había nadie por la silenciosa calle.

Por fin apareció Elisa, soñolienta y en pijama. Sorprendida por la excitación de Laura, le preguntó:

—¿Qué te pasa? Parece que has visto al diablo.

Laura le contó atropelladamente lo sucedido. Elisa la miró incrédula: no había forma de explicar aquello, lo más sensato sería comprobarlo. Elisa se vistió y preparó el desayuno. Laura no entendía la pasividad de su amiga, ella no pudo tomar bocado. Por fin salieron acompañadas del perro de Elisa, Cooper, quien muy contento con el improvisado paseo, las precedía jugueteando.

La muchacha no estaba segura del lugar exacto y se despistó un par de veces. Por fin llegaron a las rocas, las bordearon observando los recovecos, pero para sorpresa y desesperación de Laura, allí no había nada extraño.

—¡Te juro que la vi aquí! —señalaba excitada el lugar.

—Mira, Laura, tu imaginación te ha jugado una mala pasada, como ves aquí no hay nada.

—No lo entiendo —dijo Laura compungida. A pesar de sus palabras, ella misma dudaba, quería creer que todo había sido una alucinación. El entorno bucólico no daba para tan macabra visión. Elisa la tomó por los hombros y la tranquilizó:

—¿Qué te parece si nos olvidamos de esto y nos dedicamos a disfrutar del fin de semana?

Laura se convenció de que sería lo mejor. Hacía más de un año que no se veían. Ella había estado unos meses en Libia, mientras Elisa se trasladó a vivir al pueblo. A pesar de mantener la comunicación, ambas se habían distanciado, con que el propósito de aquella visita era recuperar la amistad.

—De acuerdo, no sé qué me ha pasado.

Cogidas del brazo iniciaron el regreso. El olor a jara lo inundaba todo. Bajaban tan rápido que casi se dieron de bruces con alguien que, parado, las observaba.

—¡Hola, Manuel! —saludó Elisa sorprendida.

El hombre corpulento, apocado y de mirada torva, no contestó. Se limitó a subir por el angosto camino y las dejó atrás. Ellas se fijaron en que llevaba una sierra y un hacha demasiado grande. Cuando se hubo alejado, Laura preguntó:

—¿Lo conoces?

—Sí, es el hijo de la panadera, un pobre desgraciado —dijo mirando a su amiga y guiñándole un ojo.

—Ya ves, también aquí tenemos información reservada —rio irónica Laura, ya que ambas eran periodistas de profesión.

El resto de la mañana transcurrió tranquila, las dos amigas tenían mucho que contarse. Pero a primera hora de la tarde, un golpe seco en el patio provocó el ladrido de Cooper y el consiguiente sobresalto. Se asomaron con cautela y vieron a aquel hombre del camino, Manuel, que, ensangrentado, había saltado el muro trasero y trataba de esconderse debajo de la madreSelva. Los ladridos del perro formaron una escandalera tal que alertaron a todo el vecindario.

Manuel se tapó los oídos y gritó enloquecido:

—¡Esa puta ya no me torturará más!

Las dos se escondieron asustadas. Elisa reaccionó, cogió el móvil e hizo una llamada.

«No hay nada como la tranquilidad de los pueblos pequeños», pensó Laura aterrada.

# Recuerdos de mi niñez

ANA DÁMASO PARDILLO

¡Cuánto tiempo sin reparar en él! De repente, al verlo, me he dado cuenta de que lleva conmigo toda la vida.

Cierro los ojos y veo a dos niñas pequeñas con sus batas rosa de estar en casa, sentadas alrededor de una mesa verde, como el resto de los muebles de la estancia.

La ventana cercana está entornada para que pueda salir el humo de la cocina de carbón, situada enfrente. El olor a comida se esparce por toda la casa a través de la rendija de la puerta de la izquierda. Dentro hace calor; fuera llueve lentamente; hace frío y parece noche cerrada, aunque aún es por la tarde.

En la mesa están los platos con la comida, solo para las niñas. Los padres cenarán más tarde. En el mueble más cercano, entre los platos limpios apilados, estás tú, mi viejo amigo. No tienes los rastros de la edad de ahora, eres muy joven y, con una voz cristalina, nos relatas, en ese momento, un cuento interpretado por unos actores invisibles. Sus voces nos harán soñar con príncipes, sapos, castillos, gatos con botas, princesas encantadas, haciendo cada noche diferente y maravillosa.

Luego nos harás reír con las peripecias de Matilde, Perico y Periquín en forma de serial radiofónico, contándonos, día a día, la vida de una familia que siempre estaba en vilo con las travesuras de su hijo de cinco años.

A las diez de la noche, la hora de los mayores, desgranabas las noticias que habían sucedido durante el día en «El parte», como lo llamaban tanto mis padres como la mayoría de la gente, porque durante la Guerra Civil se emitía diariamente «El parte de Guerra». Todavía, en el siglo XXI, mi madre usa ese término.

Siguiendo el hilo de mis recuerdos, lo que más grabado se ha quedado en mi memoria es la época del verano: las vacaciones, el buen tiempo, el cambio de horarios de comida y de acostarse y, sobre todo, los juegos en la calle. Después de la obligada siesta, a la puerta de nuestras casas nos reuníamos a jugar todos los chiquillos

del rellano. Los chicos jugaban a la peonza, a las chapas, o con alguna pelota que enseguida alguna madre les quitaba por el ruido que hacían. Las chicas jugábamos a la comba, a la goma, o con recortables para vestir a las muñecas. En ocasiones, había ciertos problemas de territorio que se solventaba con la intervención de algún mayor.

Entre las voces, risas y ruidos, siempre te recuerdo, cumpliendo con tu misión de entretener a todos, con todo.

A esa hora, la mayoría de las mujeres que estaban en casa escuchaban el serial radiofónico «Ama Rosa», emitido por Radio Madrid con un éxito extraordinario. Más tarde nos trajiste otros como «Simplemente María», que me parece haber escuchado en tu voz, pero ya del otro lado, dentro de casa.

También hablaba por la tarde doña Elena Francis, pero no era un serial, sino una señora a la que había personas que escribían para contarle sus problemas y ella les aconsejaba. Elena Francis contaba con muchísimas seguidoras que la escuchaban fielmente cada tarde y que quedaron conmocionadas cuando se enteraron de que Doña Elena era, al principio, un equipo de guionistas, y después, un señor que era periodista. Pero tú no tenías la culpa de ese engaño, seguro que no lo sabías, como yo tampoco.

Siempre nos ha gustado la música, que sonaba en casa a todas horas: flamenco, *pop*, *rock*, baladas... Pero en mi memoria quedó grabado un gran programa: *El gran musical*. No nos lo perdíamos ningún domingo por la mañana. Nos quedábamos pegadas a ti, como en todo lo importante. Cuánto disfrutábamos escuchando a cantantes que después han tenido un gran éxito, como casi todos los que pasaban por ese programa.

Más tarde llegó otro mítico, *Los 40 principales*, pero de eso hablaremos en otra historia que no sea de recuerdos de niñez y, tal vez, ya el protagonista sea otro, con tu misma voz pero con aspecto muy diferente.

Los domingos por la tarde te ibas a los campos de fútbol. Mi padre, contigo. A veces quedaba con algunos amigos y escuchaban muy atentos el desarrollo de los partidos que contabas con gran pasión. Todos lo disfrutaban y gritaban si su equipo marcaba un gol. A nosotras no nos interesaba y además nos mandaban a jugar

a otra habitación para estar tranquilos. Tu presencia se ha vuelto imprescindible en nuestras vidas, y según va pasando el tiempo, para poder llevarte siempre con nosotros, te van reduciendo de tamaño y te ponen pilas, para que no tengas que estar enchufado.

Después ha llegado internet, con toda la revolución digital. Ahora te llevamos en los teléfonos, en los relojes, en los ordenadores. Aunque haya desaparecido tu aspecto original, pero has perdido para ganar. Has perdido esa esencia de tu estructura inicial, de calidez, pero has ganado a millones de oyentes que tienen los recuerdos de todas las etapas de su vida unidos a los tuyos.

Gracias, amigo, por estar siempre con nosotros.



# Hermanas

ESPERANZA BASURTO

Ambas dormían en la misma habitación, en camas separadas. Emilia, con la mirada fija en el techo, analizaba uno por uno los acontecimientos que habían acaecido a lo largo de ese día: «Nada especial, lo mismo de todos los días, me alegro de que haya sido así». A Emilia no le gustaban las sorpresas, ni que su rutina se viera alterada por ningún acontecimiento extraño. Si tenía que ocurrir algo fuera de lo normal, solo ella podía generarlo.

Emilia se giró en la cama para observar a su hermana, que dormía en la cama de al lado. La luz de la luna, que entraba por la ventana abierta de par en par, iluminaba toda la habitación. En el silencio de la noche solo podía escuchar la respiración fuerte y acompasada de su hermana mayor, durmiendo. «Qué suerte tiene, ojalá yo tuviera esa facilidad para conciliar el sueño». Su mente, siempre en movimiento, siempre nerviosa e inquieta, imaginando cosas, hacía muy difícil que el calor del sueño la visitara. Hasta ese punto eran diferentes.

Emilia admiraba a su hermana. Le gustaban su piel blanca, sus maneras delicadas, su larga melena rubia que ahora caía sobre la almohada y la cama. «No sé por qué esa manía de llevar siempre el pelo recogido», pensó con rabia, «será porque así lo llevan las mujeres mayores y quiere aparentar que ella ya es mayor, que no es una niña... Pues solo me saca dos años, o sea, que no se crea tanto». Observó su cuerpo de adolescente bien formado, largo y esbelto, que ahora se perfilaba bajo su camisón de algodón blanco. No podía dejar de pensar en cómo era posible que fueran tan distintas. Un día le preguntó a su madre: «¿Mamá, yo a quién me parezco de la familia?». Y la madre, titubeando, sin saber muy bien qué decir, le respondió: «Pues tú tienes una mezcla de todos nosotros, mía y de tu padre». «Pues vaya respuesta», pensó Emilia con frustración.

Emilia era mucho más bajita que su hermana, de pelo negro azabache y piel tan oscura, que cuando le daba un poco el sol se

ponía como un tizón y no le gustaba nada verse así, le hacía parecer una «gitana desaliñá». No le gustaba su cuerpo desproporcionado, demasiado estrecho de arriba y ancho de abajo, tanto, que siempre tenía que estar arreglándose la ropa o haciéndosela ella misma. Menos mal que su abuela le había enseñado a coser y le gustaba. Se sentía orgullosa cada vez que la felicitaban por lo bien que lo hacía. Por fin había algo en lo que los demás se fijaban en ella y no en su hermana, las alabanzas no iban a ser siempre para ella.

Se revolvió nerviosa de nuevo en la cama, buscando una postura que la dejara dormir, y llegó a la conclusión de que su hermana, sin duda, había salido a la rama inglesa de su madre, mientras que ella debía haber salido a la familia de su padre, familia que nadie conocía puesto que su padre había sido adoptado, recién nacido, por una pareja de guardeses de una gran finca en la provincia de Huelva. «A saber», pensó. Cerró los ojos y respiró profundamente, en un intento de quitarse aquellas ideas que le impedían conciliar el sueño.

De repente sintió cómo llegaba hasta ella una leve brisa que le rozaba el pelo y la cara con suavidad. «¡Qué noche tan bonita!», se dijo para sus adentros, mientras inhalaba con fuerza el aire, esperando recibir los aromas de la noche de Sevilla en primavera, unos aromas dulces cargados de jazmín y azahar.

# Noviembre

AGUSTÍN MARTÍN MARTÍNEZ



*Blanco y Negro, 1899, Creaciones Femeninas VI, La Gitanilla, Cecilio Pla.*

Día pleno de otoño. Aparece en mis pensamientos el mes de noviembre con formas distintas. Todo está en mi frágil memoria, sobre todo, los sonidos de aquella música que me ahogaba, acompañada de profundas palabras. Fue breve, se mantiene y perdura en el tiempo.

«Qué le importa a naide, qué le importa al mundo, pa vivir tan sola, prefiero morir»<sup>1</sup>.

Este poema me traslada al principio. Me lleva a un teatro situado en el centro de la ciudad, en el barrio de Justicia. Mes de noviembre, es el día del estreno, por fin el estreno, ha pasado mucho tiempo. Momento esperado pacientemente, casi diez años. El programa de mano, un folletín mal escrito, cuenta la sinopsis de la obra. Es la historia de un gran desamor lleno de promesas no cumplidas.

El autor, situado en una platea, muy cerca del escenario, con la partitura entre sus manos, mantiene la calma, pero en su rostro refleja cansancio, fatiga y miedo, también soledad. Es su primera obra y ha puesto mucho orgullo y tesón en ella.

Por fin se hace el silencio. A lo lejos suenan las campanillas, es el tercer aviso para el público rezagado. Hay expectación, la gente se mueve nerviosa en sus butacas y espera con impaciencia a que comience el espectáculo. El *concertino*, desde el foso, que no destaca por sus dimensiones, dirige la afinación de una orquesta reducida. Las candlejas se van apagando y el telón empieza lentamente a subir. El espacio escénico está impregnado por una atmosfera de sumisión, el decorado es sencillo: un patio humilde del barrio del Albaicín. A lo lejos, se escuchan sonidos de una fragua. En la esquina inferior, entre las rejas, se adivina el cuerpo de una frágil chavalilla llamada Salud.

El cuerpo de baile, la figuración y el coro, esperan atentos las indicaciones del regidor. A lo lejos, voces pregoneras repiten una coplilla: «Ande la tarea, hay que trabajar...».

\*\*\*

Al día siguiente, el crítico musical de la revista *Por esos mundos* hablaba de la función con verdadera pasión: el autor expresaba un profundo sentimiento por su país y su raza. Una sucesión de elogios verdaderamente encomiables, una obra maestra. Una

---

<sup>1</sup> «La Chavalilla». Fragmento de un poema de Carlos Fernández Shaw. *Blanco y Negro*, 19 de noviembre de 1904. Biblioteca de la Fundación Juan March.

música de extraordinario colorido y expresión. Pero a decir verdad, al final de la crónica, el periodista también apuntaba la poca receptividad que demostró el público.

Dicen que la obra tenía comprometidas diferentes plazas, diferentes ciudades de nuestra geografía. Entre los proyectos que se barajaban antes del estreno había planes de llevarla a prestigiosos teatros de ópera, pero nunca se llegó a cumplir. En aquellos momentos, Europa se debatía en un conflicto bélico: la primera Guerra Mundial.

Serviría de poco decir que nuestro ilustre personaje fue un itinerante por circunstancias ajenas a él, pero en un momento determinado de su vida y, por algún tiempo, el necesario para conformar el espíritu de su obra, fijó su residencia en Granada, tierra llena de ecos y rumores lejanos. El poeta nos dice que «se fue a Granada por silencio y tiempo, y Granada le sobredió armonía y eternidad»<sup>2</sup>.

Finalizada la Guerra Civil española y a las puertas de la Segunda Guerra Mundial, comenzó un largo viaje. Llevó consigo la nostalgia y la riqueza de un tiempo vivido. Su equipaje, el dolor de un drama absurdo y desolador, muda melancolía y respeto por el amigo que se fue

Ahora, después de muchos años y en el transcurso de un paseo matutino, atravesando una céntrica calle de la ciudad, observo con sorpresa y nostalgia sincera un cartel anunciador de aquella obra. La tienen programada en versión de concierto en el mismo teatro donde la estrenaron.

De nuevo, me viene a la mente el mes de noviembre. En este mes y hace más de un siglo, este teatro sufrió un pavoroso incendio. Por cierto, el personaje central de esta historia nació y murió también en noviembre. Han transcurrido 75 años desde su muerte, lejos, muy lejos de su Cádiz natal.

«Malhaya quien nace yunque en vez de nacer martillo»<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Juan Ramón Jiménez.

<sup>3</sup> Libreto de C. Fernández Shaw, *La Vida Breve*, música de M. de Falla.



# Un cucurucho de caspicias

M.<sup>a</sup> DE LA CABEZA ARREDONDO MONTOYA

Anochecía y el cielo se cubría de estrellas. El último fin de semana de abril, allá por 1964, llamaba a la puerta y, con él, la feria de la Virgen de la Cabeza se adueñaría de aquel pequeño pueblo. Julia, de apenas ocho años, no podía dormir, estaba muy inquieta. Finalmente, el sueño pudo con ella.

La plaza del pueblo era pequeña, a juego con el entorno: la iglesia, la farmacia, el bar, la tienda de ultramarinos y un par de casas con balcones corridos que mostraban el estatus de las familias que en ellas vivían. A duras penas había espacio para un par de casetas, una de turrón y otra de juguetes, una churrería y un puesto de garbanzos torraos.

Amanecía y un sol radiante avanzaba sin prisa por las fachadas, dando luz a sus grises paredes tras una larga noche de oscuridad. La vida comenzaba de nuevo. A eso de las once de la mañana corría una leve brisa acompañada por el calor amable de un sol que quería ser partícipe de aquel día de fiesta. El cielo, por su parte, miraba hacia el suelo con suma serenidad, al mismo tiempo que vigilaba la presencia de alguna nube envidiosa que quisiera romper la armonía de un día perfecto.

Con el ruido del primer cohete de la mañana, Julia saltó de la cama y bajó corriendo a la cuadra, donde se encontraba su madre dando de comer a la mula.

—Mama, mama, ya se oyen los cohetes. Deja lo que estás haciendo, vamos, date prisa.

—Hay tiempo de sobra, Julia, no me pongas nerviosa. Anda, empieza a vestirte tú, que ahora vamos nosotros.

El ambiente en casa de Julia no era el más propicio para fiestas. Fernando, su padre, se había quedado sin trabajo. El día anterior tuvo una bronca con el señorito de turno, quien lo puso

de patitas en la calle sin ninguna contemplación, metiéndole el dedo en la llaga al decirle: «es fácil encontrar jornaleros en este pueblo de mierda». Fernando se vino abajo. Cogió el camino directo hacia el bar por la cuesta de las Campanas, cruzó la plaza y se fue a ahogar sus penas con una botella de vino, después otra y otra hasta perder el norte. Empezaba a amanecer cuando llegó a casa hecho un guiñapo maloliente. Carmen, su mujer, le estaba esperando levantada. Le miró y no le dijo nada, algo serio había pasado.

Julia, ignorante del problema, se miraba en el espejo contemplando su vestido nuevo, moviéndose de un lado para otro y haciendo muecas con la cara llena de felicidad; un vestido que a su madre le había costado alguna noche sin dormir y dos días de trabajo en casa del boticario enjalbegando las paredes con cal.

—Vamos, Julia —le dijo su madre cogiéndola de la mano.

—¿Dónde está papa?

—A papa le duele la cabeza. Dice que vayamos nosotras delante.

—Pero mama...

—Venga, ¿no tenías prisa?

Madre e hija, nada más alcanzar la plaza, se dirigieron a la iglesia. La santa misa estaba a punto de empezar y un repicar de tambores daba paso a esta celebración en medio de un gran alboroto. La iglesia estaba más concurrida que nunca, al contrario de lo que ocurría cualquier día festivo del calendario. En este caso, la presencia de fieles se reducía, y de los asistentes que iban, unos lo hacían en busca de perdón, en busca de sosiego otros, y el resto quién sabe en busca de qué. Pero este era un día especial y a la gente solo le interesaba divertirse, pasarlo bien y lucir sus mejores atuendos, guardando sus miserias en lo más profundo de su corazón.

A Julia le faltó tiempo para abandonar la iglesia una vez terminada la ceremonia. Ya en la puerta miró hacia un lado y hacia el otro buscando a su padre, pero no lo encontró. «¿Por qué no habrá venido?», se preguntaba, «de seguirá doliendo la cabeza», se respondía. En ese momento, la niña sintió a sus espaldas la respiración de alguien a quien conocía. Se dio la vuelta y allí estaba su padre vestido de traje, por supuesto, el de la boda, no tenía otro. A Julia se le iluminó la cara, estaba más radiante que nunca, abrazó a su padre y le dijo: «te estaba esperando». Cogió la mano de su padre primero y la de su madre después, solo le faltaba... Iba paseando por el centro de la plaza cuando vio a lo lejos a su amiga Celia, a la que no tardó en ir a buscar. Se dieron un abrazo y ya no se separaron en toda la mañana

Con una peseta que le había dado su padre se acercó a la caseta del turrón y, tras esperar turno, se dirigió al turronero:

—¿Cuánto vale un trozo de turrón de esos que tiene ahí?

—Ese vale seis reales.

—No tengo bastante —dijo un poco contrariada.

—Si quieres, te puedo dar un cucurucho de caspicias por dos reales.

El turronero, al ver el gesto de afirmación, cogió un trozo de papel de estraza e hizo un cucurucho que llenó de caspicias.

—Julia, ¿me das un poco? —le decía su amiga Celia con cara de súplica y los ojos fijos en aquel cucurucho.

—Toma y no te lo comas tan rápido, que nos vamos a quedar sin nada muy pronto.

—Vale, no te pediré más. Pero es que... ¡Está tan rico!

## RAÍCES Y ALAS (RECUERDOS Y FICCIONES)

Aquellos restos que quedaban de partir las tabletas de turrón, siempre duro, hecho de una gran cantidad de azúcar y un número escaso de almendras, se pegaban a los dientes como si de cemento se tratara. Pero a Julia y a Celia les sabían a gloria celestial.



# Mi sombrero de paja

MARISOL BARTOLOMÉ FERNÁNDEZ

Estaba en el coche de línea, no sabía lo que me esperaba. Siempre me mareaba y me pasaba todo el viaje pensando en ello. No disfrutaba, sufría, pero lo que me reconfortaba era pensar que por fin comenzaban mis vacaciones en el pueblo.

Era una mañana soleada y calurosa. Dentro del coche de línea hacía calor, aunque no recuerdo si las ventanillas estaban abiertas. Yo apenas prestaba atención a lo que veía a través de los cristales, solo notaba que había curvas, muchas curvas... Había estado contenida todo el trayecto, pero esa sensación empezaba a angustiarme. Por fin llegamos: terminó mi pesadilla, vi a mi tía y eso me tranquilizó.

\*\*\*

Como siempre, al levantarme me estaba esperando mi bol de migas de pan de hogaza con leche de vaca recién ordeñada, sin más. A esas horas apenas se notaba el calor, aunque a medida que avanzaba el día, se notaba más. Me había puesto ropa cómoda y fresca: camiseta de manga corta, pantalones y, siempre antes de salir, tenía que coger mi sombrero de paja. Estaba ahí, en su percha, solitario, como esperando a que yo lo cogiera. Su olor me gustaba, era un olor a paja seca que se me agarraba a la garganta. Era amarillo y se ajustaba muy bien a mi cabeza. Además llevaba dos cintas a ambos lados, a la altura de las orejas, para poder ajustarlo a mi cuello y que no se me volara en días de viento.

Aquel día nos habíamos levantado muy temprano, creo que a las cinco de la mañana. Íbamos a acarrear. Mi tío ya había enganchado las dos mulas y estaba listo para salir. Todos subimos al carro. Él se sentaba en la parte delantera para poder arrear a las mulas. Mi tía, en el otro lado, siempre nos acompañaba, era de gran ayuda. Nosotros —mi primo, mi hermano y yo— íbamos sentados

en la parte trasera, agarrados a las varas del carro y con las piernas colgando. Había silencio, pero este se interrumpía cada vez que el carro pasaba por encima de alguna piedra. Con aquel traqueteo nosotros nos movíamos sin control, nos juntábamos, caíamos unos encima del otros y a reír, pues es lo que más hacíamos.

Esa era la primera vez que salíamos tan temprano. Apenas había luz, estaba amaneciendo, se veía el resplandor en el horizonte y, de nuevo, volvía el silencio. Íbamos muy callados, todavía nuestro cuerpo estaba adormecido. Por fin divisamos a lo lejos un campo amarillento, quizás algo blanquecino y, a medida que nos acercábamos, nos dábamos cuenta de que eran cañas con sus racimos de trigo. Estaban cortadas como esperándonos para ser recogidas, tenían ese olor a paja que siempre se me quedaba en la garganta... Ahora, ¡rápido!, tocaba hacer las gavillas para después llevarlas a la era. Íbamos muy bien equipados, llevábamos cortadas las sogas con los nudos hechos en los extremos. Al llegar, todos se ponían al tajo. Empezaban a atar la mies en pequeños montones para hacer las gavillas. Yo observaba y terminaba haciéndolas, no era difícil. Mi tío me felicitaba por lo bien que lo había hecho. Luego se cargaba el carro, que estaba hasta arriba, e íbamos camino de la era.

La era estaba en lo alto, era un espacio llano desde donde se divisaba el pueblo. Se descargaba el carro y las gavillas se iban poniendo de manera que formaban un círculo. La trilla pasaba por encima de ellas para ir cortando y separando la paja del grano. Me explicaron que para hacer esto se necesitaba que por debajo de la tabla hubiera unas piedras cortantes, las esquirlas. En ese momento, para mí tuvo lugar un hecho importantísimo. Mi tío, que había preparado la silla encima de la trilla, me dijo: «ven, coge los estribos de la mula y siéntate aquí». ¡Iba a trillar! Estaba emocionada y también nerviosa, pero me lancé a ello sin pensarlo, daba vueltas y vueltas. Al principio era difícil controlar la mula para que no se saliera del círculo, la mies estaba muy alta y tenía que guardar el equilibrio. Yo estaba en la trilla sentada en una silla baja de enea, en la que mi tío había añadido una piedra para hacer más peso. Después, se volvía la parva, y lo que estaba arriba se ponía debajo hasta que poco a poco la paja se fuera cortando y

separando del grano. Más tarde, se amontonaba la parva trillada. Aún quedaba aventar, que solía hacerse cuando las condiciones del viento lo permitían. No tiene que haber ni mucho ni poco, pero tiene que haber. Eso lo hacía mi tío: levantaba al viento la paja y el grano y, por arte de magia, el grano se quedaba a un lado y la paja al otro. Ese día ya nos advertían: «¡tened cuidado con los ojos!». Menos mal que yo me resguardaba con mi sombrero de paja.

El grano que iba saliendo se medía con el celemín y se echaba a los sacos, el cereal al granero y la paja al pajar. Lo cargábamos todo en los carros que iban camino al pueblo, en los que se colocaban unos palos y una red para llevar más cantidad.

La era volvía poco a poco a la normalidad.

\*\*\*

Iba pasando el verano y hacíamos un montón de diferentes actividades. Solíamos ir a dar a beber a las vacas en Capellanía, cogíamos la merienda e iniciábamos el camino a través de prados con sus vallas de piedra. Mientras, jugábamos a echar carreras y nos subíamos a las piedras haciendo equilibristas, hasta que por fin llegábamos. El prado estaba lejos, pero el camino se nos hacía corto. Ahí encontrábamos a nuestras vacas rumiando. Les llenábamos una bañera, que hacía de abrevadero, con agua que sacábamos del pozo.

No sé por qué, pero el pozo siempre me había producido respeto, no me gustaba sacar agua de él, eso siempre se lo dejaba a los demás. Quizás, mirar y no saber lo que se ocultaba detrás de aquella profundidad oscura me producía inquietud. Sacar agua era todo un poema: tenías que girar el cubo ayudándote de la cuerda que lo sujetaba, balanceándolo y, con esa inercia, lo tirabas. Si entraba boca abajo en el agua, lo conseguías, si no, volvías a hacer lo mismo hasta que saliera. Nunca podré olvidar los ganchos con sus tres puntas que usábamos cuando se caía algo dentro del pozo. Cuando esto pasaba, yo les dejaba a ellos que lo hicieran. No era fácil, era probar y probar, una y otra vez, hasta recuperar lo que se había caído. Muchas veces pensaba que iba a tener que tirar yo los

ganchos para sacar a mi primo y a mi hermano del pozo, ya que la mayoría de las veces olvidaban el riesgo que corrían.

Me encantaba hacer cosas con ellos, disfrutaba más... Una vez hicimos una carrera de burros en la que mi primo salió lanzado por el cuello del animal. Pensábamos «¡como se entere el tío...!». Mira que le teníamos miedo, pero no nos importaba: salíamos de una y nos metíamos en otra.

\*\*\*

Se hacían cuatro comidas: desayuno, almuerzo, merienda y cena. Más o menos, el contenido era siempre el mismo. El desayuno, ya lo he comentado, migas de pan con leche de nuestras vacas. El almuerzo, cocido de puchero hecho en la chimenea con su patata echada a media mañana. No era un cocido como el que yo conocía, no, estaba hecho con lo que había en el pueblo: cordero, tocino y poco más; sopa y garbanzos con patata y carne. Todo se compraba en la única tienda que había. Me llamaba la atención todavía esa mezcla de cosas que vendían, todo lo que necesitabas lo encontrabas allí.

Para la merienda, el chocolate Nogueroles con pan, que de dulce no tenía nada; y para la cena, huevo frito con patatas, pero eso sí, hecho en la sartén sobre las estrébedes a ras del suelo con el fuego de la chimenea. ¡Uhhh, cómo estaba! Y el gato merodeando por allí. Porque teníamos un gato.

No teníamos agua en las casas, por eso, había una zona dentro de ellas con las tinajas, donde se guardaba. Cada tinaja tenía su tapadera y, encima, un cazo para poder usarlo con comodidad. Allí aprendí a valorar y no malgastar el uso del agua, porque el había que traerla desde la fuente con los cántaros

Los domingos era de obligado cumplimiento ir a misa. Nos vestíamos para la ocasión con lo mejor. Luego íbamos a buscar a nuestros amigos de casa en casa: el grupo iba aumentando a medida que pasábamos. Como la mayoría tenía hermanos, al final formábamos un gran grupo. Me gustaba cómo a mi hermano y a mí nos preguntaban quiénes éramos. Nosotros contestábamos:

«somos los sobrinos de... Los de Madrid». Así, pronto, todo el pueblo sabía quiénes éramos. A la salida de misa nos íbamos a tomar al bar de la plaza lo que nos servía Ricardo: una gaseosa con jarabe de granadina. Por eso, antes de salir de casa, nunca se nos olvidaba pedir el dinero para la gaseosa. Yo me sentía mayor: iba a un bar y encima lo tomaba con mis amigos.

\*\*\*

A veces íbamos de excursión al río a bañarnos, todo un acontecimiento. Teníamos que andar unos cuantos kilómetros, por eso casi nunca lo hacíamos, pues el río estaba algo alejado del pueblo. También, algunas mañanas, antes de que apretara el sol, solíamos ir a la Peña Gorda o Piedra de la Cigüeña. Nos resguardábamos en su sombra, ya que como estaba en un alto, a veces corría el aire. Se estaba bien, por eso podíamos aguantar allí hasta la hora de comer.

Nada más comer nos echábamos la siesta. Esta era una manera de amortiguar el calor, pues a esas horas no se podía soportar la temperatura. Hablábamos, nos contábamos secretos y reíamos hasta que nos quedábamos dormidos.

Muchas tardes, después de la siesta, nos íbamos con los amigos hasta los *bunkers* de la entrada del pueblo, los fortines de la guerra civil. Eran tres fortificaciones de forma irregular y estructura un tanto extraña, eso me parecía. Uno de ellos era de forma cilíndrica. Tenían todos ellos un gran espesor en los muros, estaban hechos con hormigón y granito, imitando el aspecto rocoso del entorno. Los *bunkers* o fortines estaban a la salida del pueblo, al lado de la carretera, nada más pasar la iglesia. Nos subíamos en ellos, nos tumbábamos y, en ese clima relajado, hablábamos y nos hacíamos confidencias.

En aquella época, no me cuestioné para qué servían esas construcciones ni por qué estaban allí. Incluso las llegué a ver como un elemento más del paisaje. Con el tiempo, supe de la utilización que tuvieron y cuál fue su objetivo: pertenecían al ejército franquista, se hicieron con posterioridad a la Batalla de

Brunete. Durante la Guerra Civil, y más concretamente en julio de 1937, este pueblo fue escenario de violentos combates que se desarrollaron como parte de la Batalla de Brunete. El pueblo entero sufrió graves daños, pero fue reconstruido durante los años cuarenta, al ser incluido en el plan de regiones devastadas. Por eso, siempre me quedó la duda sobre la parte de la canción que me enseñaron sobre el pueblo que decía: «Fue más grande que ninguno, de los que hay alrededor, pero siendo tan pequeño dicen que vale por dos...». Este trozo simboliza todo ese penar por el que pasaron.

\*\*\*

Después de cenar salíamos a la fresca. Los mayores se reunían en las puertas de las casas, sacaban sus sillas de enea, mientras nosotros jugábamos al bote. En una lata metíamos piedras y uníamos los bordes, dando golpes con una piedra grande hasta que la lata se quedara abollada y cerrada. Nos juntábamos bastantes y, a la luz de una farola, poníamos el punto de referencia para salvarse o ser descubierto. La noche era mágica para esconderse.

Algunas noches subíamos a donde se forma la era. Como estaba en un alto nos tumbábamos y mirábamos las estrellas. En silencio, observábamos millones y millones de estrellas: veíamos la Osa Mayor, la Estrella Polar, la Osa Menor y, pegada a ella, la M de Casiopea con sus cinco estrellas. Estábamos siempre ansiosos, esperábamos a esa estrella fugaz y si aparecía... ¡Silencio! Íbamos a tener buena suerte. ¡Cuánto resplandor! Parecía que las pudieras alcanzar con las manos, casi podías tocarlas.

Había un salón que se transformaba en salón de baile los días de fiesta. Allí aprendí a bailar en pareja, pero chica con chica, que era difícil bailar con un chico. A los chicos les da vergüenza sacar a las chicas, sobre todo a esa edad. Cuando bailabas con otra chica, una tenía que llevar a la otra, por eso nos turnábamos, pues nos gustaba más que nos llevarsen. El salón era amplio, diáfano, rectangular, con sillas y bancos pegados a la pared. Ahí esperaban las chicas a que las sacaran a bailar. Ese salón a veces se convertía

también en cine o teatro. A diferencia del baile, cada vecino llevaba su silla y pagaba su entrada. Lo malo era que no sucedía muy frecuentemente.

\*\*\*

En este pueblo, si querías comunicarte con tu familia tenías que ir al locutorio. Era una habitación no muy grande: en una pared estaban adosadas tres cabinas con sus respectivos teléfonos. Las puertas, al cerrarse, ayudaban a que hablaras con cierta intimidad, pero la verdad es que no servían de mucho, pues la gente gritaba tanto que escuchabas todas las conversaciones. En la otra pared había una ventanilla; detrás de esta, estaba la telefonista. Le dabas el número y, pasado un tiempo, te decía qué cabina ibas a utilizar. Esperabas y esperabas, hasta que por fin te tocaba. Pero apenas hablabas un poco y ya se cortaba la comunicación, o sea que al final me pasaba el verano entero sin saber de la familia.

\*\*\*

Mi tío era una persona más bien seca, había que entenderle, pero tenía corazón. Yo era una cría de once años que vivía en la capital, todo era nuevo para mí, pero aquellas vivencias que desconocía me hicieron crecer. Él me decía: «¡Eres un chico, lo haces mejor que estos!» (mi hermano y mi primo). Su manera de querer era así.

Yo a mi tía la ayudaba mucho. A mí me gustaba acompañarla cuando iba a lavar la ropa a un riachuelo. Recuerdo que ella siempre llevaba su tabla de lavar de madera, una pastilla de jabón, un cojín, el barreño con la ropa sucia y añil. El regato se encontraba a las afueras del pueblo entre zarzas y prados. Se juntaban allí las mujeres, todas llevaban su ropa a lavar y, según iban llegando, se iban colocando a lo largo de la orilla. El riachuelo se había convertido en una charca limitada con piedras que hacían sujetar el agua. Ellas hablaban mientras lavaban; nosotros jugábamos e íbamos ayudando cuando nos lo pedían. Poníamos la

ropa a blanquear sobre las piedras, aunque lo que hacíamos solos era recogerla cuando ya le había dado bastante el sol. Ellas aclaraban la ropa y la volvían a tender. Nosotros, mientras tanto, cogíamos zarzamoras, metíamos los pies en el agua, jugábamos a las casitas, a las tiendas...

\*\*\*

Las verrugas... Ahora me acabo de acordar que en los dedos de mi mano derecha y en el empeine del pie derecho, a esa edad yo tenía verrugas. ¡Eran muy desagradables! En este pueblo también existía un brujo. Recuerdo que tenía un caballo blanco pero muy blanco. Los críos lo conocíamos por el del caballo, pero lo de brujo como que nos atraía más. Así que mi tía me llevo al brujo. Este me vio las verrugas, me dio unas ramas secas y me pidió que, cuando llegase a Madrid, todas las noches a una hora determinada me tocara una a una las verrugas. Así lo hice. Desde entonces, mis verrugas desaparecieron.

Antes de volver a Madrid, había un día que nos íbamos a la panadería y hacíamos magdalenas. Me gustaba ayudar: tamizaba la harina, batía los huevos, mezclaba la harina con los huevos, separaba los moldes blancos rizados y los ponía en las bandejas... Ese olor a magdalena todavía lo tengo en mi memoria.

Así llegó el final del verano: mi tía nos avisó de cuándo era la partida. Ese día nos levantamos muy pronto, no dormí bien ya que sabía lo que me esperaba, tenía que coger el coche de línea...

\*\*\*

Tengo tantas vivencias de este lugar que todavía me emociono al recordarlas. Ya no están esas personas y ese pueblo está muy lejano, pero dejaron mucha huella en mí. Aprendí a disfrutar de las pequeñas cosas.

# El tesoro

PALOMA MARDOMINGO LINACERO

Cuando su madre se iba al mercado, Lara sabía que tenía todo el tiempo para ella. Llegaba el momento del ritual. Se descalzaba y entraba de puntillas en la alcoba. El corazón se le aceleraba, mezcla del miedo y de la posesión del lugar sagrado. El cabecero, con dos rosetones en el centro, repujados en la misma madera. La colcha amarilla, con arabescos brillantes en un tono más claro. El armario ropero de tres cuerpos, pero solo una puerta interesante: la que estaba llena de bolsos marrones, negros... Se los colgaba todos del brazo, sintiéndose una chica mayor, y los volvía a guardar.

La mesilla de la izquierda no le interesaba, estaba llena de medias de cristal, nuevas y usadas. Era la mesilla de la derecha la que contenía los tesoros. Se sentaba en el suelo frío y abría despacio, muy despacio, el último cajón. Siempre el último. Encendía los mecheros, solo los de gas, nunca los de mecha ni los de gasolina, porque el olor podría delatarla.

Miraba los bolígrafos y las plumas estilográficas procurando que sus manos no rozasen la tinta. Dedicaba tiempo al bolígrafo, mitad azul y mitad transparente, con la figura de una mujer. Al ponerlo en posición de escribir, la señora se quedaba sin ropa.

Al fondo, debajo de un pañuelo, con las iniciales P. M. y con una blancura inmaculada, estaba la baraja. Cuarenta cartas, cuarenta mujeres desnudas la observaban con la piel como el pañuelo y el mismo rostro sensual de las damas en las películas mudas.

La estufa de gas butano calentaba el comedor. Cuando Lara le daba el beso de buenas noches a su padre, no era un beso de hija, era un beso de cómplice.



# El poyete

JOSÉ PRADO VALLE



Estábamos a mitad de junio. El sol brillaba a esas alturas del año con un calor que se pegaba al cuerpo, tanto de día como de noche. Aquella era la señal no solo de que los días eran cada vez más largos, sino de algo mucho más importante para mí: las vacaciones, por fin, se estaban acercando. La escuela se cerraría en pocos días hasta el próximo curso y, mientras tanto, yo iba contando los días que me quedaban para irme al pueblo.

Mi mayor ilusión, tanto en verano como en Navidad, era irme a casa de mis tíos. A mis nueve años de edad, además de ayudarles con las labores, también les hacía compañía. Estaban muy solos, o al menos eso era lo que yo pensaba. Mis tíos tenían un hijo y una hija, pero al cumplir los dieciocho años, mis primos emigraron a Barcelona en busca de trabajo. Con el tiempo se habían casado y ya solo podían venir a pasar unos días cada año en los meses de verano.

Mientras llegaba el ansiado momento, seguí haciendo la vida normal como otros días: tenía pequeñas obligaciones diarias que empezaban en la iglesia del pueblo, ayudando como monaguillo en la misa. No recuerdo el momento en que me metí en ese berenjenal, pues había que madrugar mucho, no creo que fuese por los recortes de las hostias que alguna vez nos daba el cura. Menos mal que me quedaba de camino para ir luego a la escuela.

La primera clase comenzaba con el dictado que a diario el maestro nos hacía. Le seguían otras clases, a mí me gustaban las matemáticas y no se me daban mal. Luego, el recreo, momento muy esperado, pues nos daban un vaso de leche y un trozo de queso que nos sabía a gloria bendita. Decían que procedía de Estados Unidos. No importaba, aquello ayudó a muchos chicos que no tenían mucha comida en su casa y, además, estaba muy rico.

Por las tardes venían los partidos de fútbol. Teníamos nuestras liguillas y los partidos de rivalidad entre los barrios, que más de una vez terminaban en peleas. Ese era el entretenimiento diario que se venía repitiendo todas las tardes. Luego tocaba merendar y a estudiar lo visto en la escuela. Tenía que hacer los deberes que nos mandaba el maestro, porque cuando llegase mi padre de trabajar debía decirle la lección. Si fallaba igual tocaba quedarse sin cena y seguir estudiando.

\*\*\*

Por fin llegó el viernes: día de despedidas, desear buen verano a los amigos, recogida de pertenencias, pues ese día no se hacía nada de estudio. Solíamos tener competiciones y juegos entre los alumnos

de distintos cursos, alguna canción y así se llenaba la mañana. El maestro nos daba la despedida y cada uno para su casa.

Por la tarde ayudé a hacer la maleta y a dejarlo todo preparado. Por la mañana a primera hora, había que coger el tren que nos llevaría al pueblo, a casa de mis tíos, la hermana de mi madre. Nos subimos a las ocho de la mañana mi madre, mi hermano y yo; mi padre también estaba en la estación, pero porque trabajaba en el tren de vía estrecha conocido como «Tren del Hullero», que fue construido para transportar el carbón de la cuenca leonesa a Bilbao. El tren llevaba la hulla para la industria vasca, era muy lento y ruidoso, se podía bajar uno e ir corriendo cuando estaba subiendo una cuesta y volver a subir en él. Con el tiempo también se destinó al traslado de viajeros: lo llamaban «El Tren Correo». Había uno que salía de La Robla, donde vivíamos, y se unía al que había salido de León en la estación de Matallana de Torío. A Bilbao llegaba después de recorrer más de trescientos kilómetros, a las ocho de la tarde. Doce horas duraba el recorrido. A su vez, salía uno de Bilbao en dirección contraria.

Nuestra estación es Prado de la Guzpeña, pueblo situado en la comarca conocida como la Montaña Leonesa, que se encuentra en las estribaciones de los Picos de Europa. A lo lejos se ven las cumbres cada vez más altas. Bajamos del tren y tuvimos que desandar dos kilómetros, pues aunque se había pedido varias veces a la compañía ferroviaria que hiciera un apeadero en el pueblo, no se había conseguido.

Cargados como íbamos, llegamos a la curva de la carretera, desde la que vimos en lo alto la iglesia y, en el valle, las primeras casas del pueblo. Era fin del trayecto. No se veía gente por la calle, solo dos mujeres lavando ropa en una de las fuentes del pueblo, que estaba preparada como lavadero y abrevadero para los animales. Entramos en casa de los tíos. Normalmente no se cerraban las puertas con llave, era una zona tranquila y no se conocía que hubiese habido ningún robo. No había nadie.

Ya estábamos en mi pueblo. La Llama de la Guzpeña se encuentra en la mitad de un valle. En esos momentos tendría sobre los cien habitantes. Veinticinco éramos niños y niñas, y también había bastante gente mayor que vivía allí todo el año. Esperaban la

llegada del verano, pues venían los hijos y amigos que estaban fuera y el pueblo cogía vida. La actividad principal era la agricultura. Algunos también trabajaban en las minas de carbón para ayudar a la economía familiar, ya que las tierras eran pequeñas, estaban muy repartidas y había que sacar algún ingreso extra.

Los inviernos eran largos y fríos, la nieve duraba mucho, bajaba el trabajo, se había terminado de arar y la actividad en el campo era mínima, pero había que seguir atendiendo a los animales. Cada vecino criaba uno o más cerdos que iban a ser la base de la alimentación de los habitantes del pueblo durante todo el año. Luego estaban los que tenían ovejas y vendían los corderos y la lana, buena para hacer colchones, calcetines y chaquetas que picaban mucho, pero que daban mucho calor. Poco más se sacaba del campo en invierno. Lo que se sembraba era para alimentar a los animales encerrados mucho tiempo sin salir de las cuadras, que comían la paja y la hierba recogida en el verano.

Lo primero que hice al llegar al pueblo fue saludar a los abuelos paternos. Eran mayores y mi abuelo estaba en cama, ya llevaba un tiempo, se había caído y se rompió la cadera y otros huesos, lo que le dejó postrado sin poder levantarse al menos dos años antes de morir. Si mi abuelo tenía mucho genio, mi abuela era muy buena y trabajadora, a mí me quería mucho. Luego fui a ver a unos tíos: él era hermano de mi padre, había perdido la mano izquierda en la guerra, y le habían concedido un puesto en la vía como guardabarreras. Tenían tres hijos con los que me llevaba bien y éramos compañeros de juegos, pues las edades eran parecidas.

Cuando volví a la casa ya habían llegado los tíos. Habían estado segando, empezaba el tiempo de mucho trabajo y todavía esperaban dos meses de esfuerzo. De momento, a comer, que ya vendría la tarea. Como era sábado, mi tío no había ido a trabajar a la mina. A las cuatro se fueron de nuevo a segar la tierra donde habían estado por la mañana. Había que dejar preparada las gavillas para que terminasen de secarse y llevarlas a la era para la trilla. Sería la primera de la temporada.

A mí me mandaron llevar las cuatro vacas y la ternera al lugar donde se reunía la hacienda, que era el conjunto de todas las vacas del pueblo, y llevarlas a pastar a las praderas reservadas para

ello, pues eran zonas comunales. Tres personas del pueblo, en turnos rotatorios, se encargaban dos veces al día, a las siete de la mañana y a las cinco de la tarde, de llevarlas tres horas y media y, luego, traerlas de vuelta. Era curioso ver cómo cada vaca sabía el camino para llegar a la cuadra a la que debía ir, yo estaba sorprendido de la buena orientación que tenían.

Una vez dejadas las vacas me fui a ayudar en la siega. Mi labor consistía en ir recogiendo los manojos segados y hacer unas gavillas o haces, atándolos con cordel o con ramas de un arbusto abundante por la zona. Terminada la tierra volvimos todos a la casa. Quedaban muchas cosas por hacer: dar de comer a las gallinas, a los conejos y al cerdo; las ovejas estaban a punto de llegar y había que encerrarlas en el corral o redil; a las vacas había que ordeñarlas, bueno, solo a las dos que habían tenido terneros, las otras dos no daban leche, pertenecían a la raza pardina, vacas fuertes y ágiles, las mejores para trabajar.

Mientras se hacía la cena llegó el pastor. Les tocaba a mis tíos tenerlo quince días. Los propietarios de ovejas tenían que turnarse y darle posada una quincena cada uno. Había que darle casa y comida, tanto a él como a tres perros enormes de la raza mastín leonés, los que defendían al rebaño de los lobos, y a otros dos más pequeños pero muy buenos que conducían a las ovejas. Yo ya conocía a Antonio —así se llamaba—, era de un pueblo de Palencia donde estaba casado y tenía tres hijos. Como pastor, en el pueblo llevaba ya muchos años.

El domingo era día de descanso por la mañana. Había que cumplir con la Iglesia y a la misa de doce no podía faltar nadie, porque si no, había que escuchar al cura al domingo siguiente, en pleno sermón, llamar la atención a quienes no habían ido. Al salir se reunían los hombres y hablaban de las novedades habidas durante la semana, de la cosecha, si se esperaba buena o no, si había agua suficiente para regar, y de todas las cosas que realmente les preocupaban. Luego se iban a la cantina a beber algo y a jugar a los bolos leoneses hasta la hora de comer. Se puede decir que aquel era el único momento que tenían de relax y de verse las caras. Terminada la comida, volvían otra vez a la tarea en el campo.

Los niños teníamos que volver a la iglesia, pues el rosario era obligatorio. Luego, a jugar. Los chicos por una parte y las chicas por otra, porque ellas se quejaban de que nuestros juegos eran muy brutos. El que más nos gustaba era el «manrrochazo». Había que dividirse en dos grupos: la mitad tenía que ponerse agachada y sujeta unos a otros y, la otra parte, saltaba sobre ellos. Había que llegar cuanto más adelante en el salto, mejor, y no caerse. Si no, tocaba cambiar.

Teníamos otros juegos. «El peto» era un palo corto al que había que darle con otro. El que más lo alejaba ganaba la apuesta que, generalmente, era de cromos. «El pincho era otro juego que consistía en un palo afilado que había que clavar en la hierba. Quien venía detrás trataba de tirarlo. «La peonza», para ver quien la bailaba mejor... Con las chicas solíamos jugar a «El conejo no está aquí», en el que entraban y le daban un beso a uno, y este tenía que salir para volver a entrar y dar otro beso a un niño o una niña. Así seguía el juego que, a decir verdad, a los chicos nos aburría bastante. Los domingos por la tarde era cuando más nos divertíamos. Además de jugar, íbamos a bañarnos a un pequeño riachuelo en el que habíamos retenido el agua con una pequeña presa, teniendo cuidado de que rebosase, pues los pueblos de aguas abajo también tenían que regar.

Como muchos veníamos de fuera, los primeros días los pasábamos preguntando de todo: de la escuela, si había pasado algo, pues sabíamos que al ser pocos los niños que quedaban la podían cerrar, o cualquier noticia que hubiese sucedido en el pueblo. Los que estaban todo el año allí también querían saber lo que hacíamos, sobre todo si habíamos ido al cine, los cuentos que leíamos... Yo solía llevar del Capitán Trueno y del Jabato, que los tenía todos, para que leyesen. Ellos no podían comprar ninguno, la radio era todo el entretenimiento que tenían, siempre que se cogiesen las emisoras, pues al estar metido el pueblo entre montañas, no se oían bien.

\*\*\*

Empezaba otra semana, que iba a ser parecida a las anteriores, pues el trabajo en el verano siempre era el mismo. El tío se había ido a trabajar en la mina, con él iban varios del pueblo. Como tenían que andar varios kilómetros todos los días, madrugaban para volver pronto y atender a los trabajos del campo. Mi madre y la tía se habían ido a segar. Antes habían preparado la comida del pastor y de los perros. Las ovejas salían de mañana y estaban todo el día pastando hasta la tarde-noche. Mi hermano y yo nos quedábamos en la cama hasta que una de las dos volvía para hacer la comida. Entre los dos guardamos las vacas cuando volvieron de pastar y luego nos fuimos también a segar.

Llegada la hora de comer volvimos a casa y, cuando el tío llegó, comimos. Él se echó un poco la siesta, luego se fueron a terminar de segar la tierra. A mí, como el día anterior, me dejaron para sacar a las vacas: todos los días a las cinco se reunían para ir a pastar.

Había que terminar de segar la tierra. La siega se juntaría con la del sábado y las llevarían, juntas, a la era, que ya estaba limpia para la primera trilla. Mi hermano y yo habíamos hecho una tienda parecida a las indias, de ramas de árboles que serviría para protegerse del sol, comer a la sombra y echar la siesta.

Al día siguiente por la tarde, mi tío unció las vacas al carro y fuimos a cargarlo con la mies segada. Hubo que hacer dos viajes para llevarlo todo, luego se soltaron las gavillas y se extendieron por toda la era. Las mieses se segaban cuando estaban secas y, se solía dejar que se oreasen por la noche. Al día siguiente se trillaba.

Por la mañana, cuando llegaron las vacas de la hacienda, se uncieron dos que debían ser las más fuertes y se subieron a la era, donde estaba el trillo preparado —por la zona no había mulos ni trilladoras—. Yo empecé a dar vueltas sobre la trilla, lo que me trajo recuerdos del año anterior. Cuando llegó el tío de la mina, ya estaba bastante trillada. Se hacía muy pesado estar bajo el sol dando vueltas tantas horas, teniendo cuidado de que las moñigas de las vacas no cayesen en la trilla, pues costaba mucho limpiar el trillo y la paja manchada. Algunas broncas me cayeron por esos

despistes.... Por la tarde se terminó de trillar y, con la rastra, se iba amontonando, para que esta no se levantase según se iba recogiendo la parva. Nos pusimos encima y vinieron personas de las eras vecinas. Luego se barrió la era para dejarla limpia. Cuando hacía aire se aprovechaba el viento para aventar con los bieldos y la pala, se levantaba la parva, y el grano caía a un lado, mientras que la paja se la llevaba el viento a otro sitio. Después, el grano se metía en sacos y al final de la jornada se llevaba a casa. La paja se recogía por la mañana y se llevaba al pajar, pues formaba parte de la comida para los animales en el invierno. Así, la era quedaba preparada para la siguiente trilla, como si no hubiese pasado nada.

\*\*\*

Era pronto. Estaba esperando sentado en el poyete de delante de la casa, qué buenos recuerdos me traía, había pasado muchas horas sentado con mis amigos por las noches al terminar las tareas, sobre todo en primavera, cuando pasaba aquí las vacaciones de Semana Santa. Hablábamos de lo sucedido en el día y hacíamos previsiones para el fin de semana: si íbamos a ir a bañarnos, si se había quedado para jugar un partido de fútbol contra los chicos de los pueblos de alrededor, o nos poníamos a jugar hasta que las madres empezaran a llamarnos para ir a dormir. Siempre tenían que hacerlo varias veces porque nos hacíamos los remolones.

En el poyete también se sentaban los mayores que no estaban jugando a los bolos. Les gustaba opinar de las jugadas, todos los días había partidas. A veces no se ponían de acuerdo a la hora de sumar los bolos caídos y se decían palabrotas. Delante de la casa había una explanada grande, un manantial de agua y chopos que daban mucha sombra, lo que la hacía un buen sitio para jugar, reunirse o celebrar las fiestas del pueblo por San Lorenzo, en el mes de agosto.

\*\*\*

El fin de semana, mi madre y hermano se volvieron a La Robla, donde estaba mi padre. Nos quedábamos mis tíos y yo solos. Menos mal que el tío había cogido las vacaciones y no iría a trabajar a la mina.

Acompañé a mi madre al tren, que llegó puntual, a las cuatro y media, a la estación. Hasta las ocho tendrían que estar en él. Me despedí y volví al pueblo despacio, atravesando el robledal, el monte comunal al que todos los vecinos dedicaban el día que fijaban para podarlo y limpiarlo. Con la leña que tocaba a cada uno, alimentaban el fuego de sus casas en invierno. Cuando llegué a casa de los tíos, ya estaban preparados para ir a segar, así que los acompañé. Estuvimos hasta las nueve, pues había que recoger a las vacas que regresaban de la hacienda.

La semana siguiente le correspondía el turno a la casa de mis tíos para ir a cuidar el ganado, por lo que me tocó ir con ellos de siete de la mañana a diez y, por la tarde, desde las cinco hasta las nueve. No sabía con qué vecinos iría, pero como era pequeño, siempre me trataban bien. Esto durante una semana.

Para el martes ya estaba preparada otra trilla. Nada más llegar las vacas de pastar, el tío las unció y subimos a la era para empezar a trillar. En día y medio o dos días se esperaba poder recoger el grano y la paja. Sobre las dos llegaba mi tía con la comida y, después, mi tío, como se había levantado a las cuatro de la madrugada, se echó la siesta en la choza que habíamos hecho mi hermano y yo. Sobre las cinco se bajaba de la era para que descansaran los animales y se fueran a pacer. Nosotros fuimos a la siguiente tierra que había que segar.

Así sería todo durante mes y medio. Las mismas tareas se repetían a diario, pues el verano era una época de mucho trabajo y había que recoger lo sembrado en el invierno: el centeno, el trigo, la cebada, la avena, luego las lentejas, los garbanzos y los chochos para el ganado, o también para las personas en la época de hambruna. Había que cortar a diario hierba para los animales, que transportábamos a lomos de un borrico que teníamos, y regábamos las pocas verduras y hortalizas que se daban, pues era

un lugar de mucho frío por la noche y no crecían bien. El verano era muy corto y el sol, tan necesario para que la huerta produjese, calentaba pocas horas.

\*\*\*

Cuando empezaba el mes de agosto, el pueblo se llenaba todavía más con la gente que se había ido a trabajar a otros lugares, sobre todo a grandes ciudades. La mayoría, a Bilbao y Barcelona. Todos los años regresaban por vacaciones al pueblo —muchos tenían casa, o para ayudar a algún familiar—. Los hijos de los tíos venían unos días por turnos. El marido de la hija era un andaluz que no participaba mucho en las labores del campo. Como dijo la primera vez que vino al pueblo, venía para descansar. Él trabajaba por la tarde en un importante periódico catalán como corrector, y luego tenía otros trabajos, así que no se contaba mucho con ellos. A mitad de mes venía el hijo con la mujer y los dos niños pequeños. Este sí estaba acostumbrado a trabajar en el campo. Luego, a través de unos conocidos, entró a trabajar en la Seat de Barcelona. Le gustaba venir, pues conocía a toda la gente del entorno. Tenía muchos amigos que saludar, pero ayudaba mucho al tío. Estaban hasta finales de agosto.

Agosto era el mes en el que más fiestas se celebraban en los pueblos cercanos. Raro era el fin de semana que no había fiesta en los alrededores, y como muchos tenían familia en estos pueblos, se solía ir a comer a alguna casa. La fiesta de La Llama era el día diez de agosto, día del patrono, San Lorenzo. Duraba el fin de semana. La casa se llenaba con los familiares de mi tío, que eran de un pueblo próximo, mis padres, por parte de mi tía... Nos reuníamos hasta veinte personas. Era un día de mucho movimiento para mi tía y mi madre con la comida. Se solía matar una oveja y no faltaban las rosquillas, que siempre se hacían por esas fechas. Ese día, todos en la misa, no cabía un alma más. Luego se tomaban los aperitivos mientras sonaba la charanga que animaba los festejos y cada uno a su casa para comer. A los pequeños nos ponían en una mesa aparte, en la cocina.

Por la tarde, como habían venido cuatro o cinco niños y niñas, hijos de los familiares de mi tío, nos íbamos al río o jugábamos hasta la hora del baile, que se hacía por la tarde-noche. Entonces nos dedicábamos a correr entre los bailarines, a dar vueltas sin parar. Para dormir esa noche nos juntaban a dos o a tres en una misma cama y, hasta que nos dormíamos, los mayores nos decían que nos callásemos o se enfadaban con nosotros. Al día siguiente se repetía lo mismo, aunque el baile era antes y, por la noche, los familiares se volvían para sus casas. Mis padres también se fueron por la mañana.

Terminada la fiesta había que volver a las tareas del campo. Quedaban por trillar los garbanzos y las lentejas. Esta labor se podía hacer en cuatro días. Entre el día quince y el veinte de agosto, se solía terminar la faena de la trilla, se recogía y guardaba todo ordenado para el siguiente año.

Pero ahora venía la siega de la hierba, que se hacía principalmente con la guadaña. La hierba se dejaba secar y luego se acarrea para guardarla en el pajar. Es verdad que ya se había segado a principios del verano, pero la hierba había crecido lo suficiente como para un segundo corte. Cuanta más hierba se guardase, mejor, para alimentar a los animales en los meses del invierno.

\*\*\*

A finales de agosto, el pueblo empezaba a quedarse solo. Las vacaciones se acababan para todos y la gente tenía que volver a las ciudades donde tenían sus trabajos y sus vidas. Los niños nos juntábamos para despedirnos, pues cada uno se iba a un sitio distinto, pocos eran los que se veían durante el resto del año. Aquellas habían sido unas buenas vacaciones: nos habíamos visto todos los días, jugando, corriendo, hablando y, sobre todo, disfrutando de estar juntos otro año. Aunque perdimos todos los partidos que jugamos contra los pueblos de los alrededores, lo habíamos pasado bien, seguro que pensábamos todos así. Los niños que se quedaban en el pueblo lo pasarían peor, pues nos

contaron que querían cerrar la escuela y juntar a los que pertenecían al mismo ayuntamiento en otro pueblo. Tendrían que ir y volver en autobús, y ellos no querían, esperaban que la escuela del pueblo siguiera funcionando.

La verdad, tengo muy buenos recuerdos de esos tiempos. Lo bien que lo pasaba en el pueblo... Estaba esperando el momento de poder ir, no me preocupaba tener que hacer lo que me decían los tíos, con ellos estaba a gusto, me trataban bien y me querían mucho. Los niños nos conocíamos y no había muchas riñas ni peleas entre nosotros. Se trabajaba mucho, es cierto, y yo era pequeño, pues estoy hablando de cuando tenía nueve años, pero disfrutaba tanto del verano que ya estaba pensando en las vacaciones de Navidad, de Semana Santa y del próximo verano.

## A través de su mirada

ANTONIO SOMODEVILLA

El sol, ya con fuerza en aquella mañana del mes de agosto, golpeaba a los miembros de la familia según iban saliendo del taxi y, cada uno de ellos, indefectiblemente, levantaba su mirada al plantarse de pie al lado de la maleta o del bulto que tenía asignado. Los padres ya la conocían, por eso miraron la estructura con desgana, apenas para concederse un respiro antes de reanudar la marcha. En cambio, los chavales, los dos, recorrieron despaciosamente los nervios metálicos de la cristalera, absorbiendo los detalles: el adornado reloj situado en la mitad del borde inferior, el conjunto formado por los dos leones con alas y la cola de dragón que coronaba el vértice superior de la estructura modernista de la estación de Atocha.

Continuaba rondándole al más pequeño de los dos chavales una idea que su vecina, la señora Joaquina, le había lanzado el día anterior en forma de pregunta, y que él no había comprendido muy bien: «¿así que te vas a ir de vacaciones? ¡Qué suertudo!». Naturalmente, el chaval sabía lo que era «estar» de vacaciones: desde que se acababan las clases, estaba de vacaciones. No iba al colegio y podía dedicar todo su tiempo a lo que, durante el resto del año, solo dedicaba una parte de las tardes: saltar las vallas protectoras del «canalillo» (el Canal de Isabel II) para pasar al cauce de agua a cazar ranas y renacuajos, o ir al Huerto de José María para utilizar el trapecio que su amigo Mariano había colgado del nogal, u otras muchas actividades diarias, peligrosas algunas o más inocuas las otras. Pero, ¿ir de vacaciones? Como si las vacaciones estuvieran en otro sitio distinto del barrio periférico de Madrid donde vivía con su familia.

Por supuesto, había oído hablar a los mayores de esos extranjeros que comenzaban a acudir a las playas de la Costa del Sol, pero en cada ocasión, la conversación se cerraba con el comentario habitual de su madre, que certificaba que no era algo que pudiera afectarle a él: «eso eh cosa de loh ingleseh».

Desde luego, la idea de ir, de desplazarse lejos de casa, se había ido materializando en su mente, pues llevaban todo el día trajinando con este objeto, haciendo maletas, preparando comidas para llevarlas y consumirlas durante el viaje, conseguir el taxi para desplazarse hasta la estación, cargarlo con los bultos y recorrer una ciudad que le era tan desconocida pero por la que no sentía ningún interés especial.

La familia se desplazaba para ir a casa de la tía Antonia, en Málaga, la ciudad costera donde habían nacido sus padres. El viaje era emocionante de suyo, fuera o no para ir de vacaciones. Para eso, para que diera comienzo, la familia entró apresurada en el vestíbulo de la estación, degustaron un momento el cambio de temperatura respecto del exterior y mostraron los billetes que les permitían pasar a la zona de andenes.

El tren apareció de repente, como recién esculpido en el aire. Era enorme, liso, duro, y partiría hacia el sur. Casi se diría que ya estaba expectante. Sus padres, su hermano, todos, se habían detenido en silencio ante la enorme mole, atentos para percibir sus detalles: su masa, su color indefinido, sus grandes ruedas con los radios metálicos a la vista y la articulación que permitiría moverlas todas a un tiempo pero que, ahora, en reposo, semejaban más bien elementos que protegían el misterioso interior del medio de transporte, sus vísceras, como hacen los huesos con los órganos vitales de nuestro cuerpo.

La familia, lo mismo que el resto de los viajeros, penetró ordenadamente en el interior del vagón a través de su correspondiente puerta abierta, que los iba engullendo como una suerte de boca sin dientes. Comenzaron a circular por el interior del vagón, como el resto de los viajeros, de manera que observarlos en conjunto desde el exterior, hacía pensar que el tren los estuviera digiriendo. La familia localizó el departamento y los asientos que les correspondían y pudieron, al fin, colocar dificultosamente los bultos en los altillos, asegurando un acceso fácil a los que contenían la comida y el agua. Se sentaron, ahora sí, expectantes, para aguardar la salida del tren.

Cuando se produjo la primera sacudida que anunciaba la marcha, todos acudieron a las ventanillas, las del departamento y

las de los pasillos. Los chavales para decirle adiós con entusiasmo a quienes no habían venido a despedirles, y los mayores, circunspectos y llenos de experiencia, para evitar que los chavales se asomaran en exceso y para ver alejarse las estructuras de la estación.

Durante la mañana, la noticia más comentada fue el calor, el incremento progresivo de la temperatura en el interior de cada vagón y los puntos por los que entraba la corriente de aire, algo menos caliente, provocada por la marcha del tren. Los hitos del paisaje, que algún viajero ilustrado señalaba de cuando en cuando —el Cerro de los ángeles, el inicio de la llanura manchega y otros—, eran admirados y olvidados con rapidez por los chavales, hasta llegar a la primera parada del recorrido, Alcázar de San Juan, donde había que bajar del tren para adquirir las famosas «tortas de Alcázar», misteriosamente admiradas por todos los mayores como exquisitos dulces, a pesar de no contar, para decepción de los chavales, con crema, ni chocolate, ni nata tan siquiera.

A mediodía comieron con apetito, sin olvidar ofrecer previamente a los vecinos de departamento, pues las viandas eran las habituales para los días de excursión: filetes empanados y bocadillos. La siesta posterior, en cambio, tras el banquete, constituyó un absoluto fracaso por el calor que hacía sudar en cualquier posición en la que se intentara conciliar el sueño.

La caída de la tarde trajo algún alivio, pues el tren ralentizó la marcha al comenzar su ascenso hacia Despeñaperros —qué nombre tan gracioso—, aunque recuperó temperatura en los llanos de Jaén y Córdoba, hasta que, cuando se acercaba la noche, un viajero ilustrado anunció como los túneles de El Chorro. Qué trajín, qué asombro producían los enormes y escarpados riscos que el tren bordeaba, al tiempo que los mayores intentaban describirlos con pocas palabras, muy repetidas, y con muchas exclamaciones. En cambio, los chavales solo intentaban asomar sus cabezas para llegar a percibir el punto más alto de cada tramo, atentos a la llegada del próximo túnel que amenazaba golpearles si no se andaban listos y atentos, también, a escapar de la vigilancia paterna, que se empeñaba en meterlos «padentro» porque se iban a hacer daño, o se les metería carbonilla de la locomotora en los ojos.

Cuando la carbonilla se le alojó por fin al más pequeño, este no pudo evitar quejarse con los gañidos habituales, provocando un auténtico coro de regañinas, algún zarandeo para que se estuviera quieto mientras le miraban el ojo y, una vez comprobado que no había lesión, un cachete suave, solo para resaltar que se habían confirmado las sabias advertencias previas.

A la llegada a la estación tampoco había nadie esperando. La tía Antonia no estaba en condiciones de andar desplazándose por la ciudad sin necesidad y los esperaba en su casa. La calle de la Tía Antonia, formada por dos hileras paralelas de casitas bajas y pequeñas, no difería demasiado de las de su propio barrio en Madrid, salvo por la blancura de las paredes y las rejas en las ventanas. Delante de la casa de la tía Antonia se había formado un corro de mujeres sentadas en sillas de enea, ocupadas en ese momento en repetir los chismes del barrio y en recibir con alborozo la llegada un hombre que se acercaba arrastrando su silla, «Zarvaó, Zarvaó». El hombre era pequeño, enteco, con gafas de culo de vaso y que venía repartiendo cuchufletas y falsos requiebros desde la distancia.

Los besos restallaron como alpargatazos en las mejillas de los chavales. La primera, la tía Antonia, imponiendo su derecho de familia y su volumen desmesurado que entorpecía su desplazamiento, pero que también impedía el de los demás. Después, el resto de las vecinas celebraron lo guapos y mayores que eran los chavales y lo bien que hablaban. La tía pasó con la familia al interior de la vivienda para instalarlos y para que la madre tomara posesión de los lugares y los elementos que iban a ser el objeto de su actividad hogareña durante el próximo mes, pues para ella, «ír de vacaciones» consistiría en cocinar para todos, asear y limpiar la casa que ensuciaban, hacer la compra y, sí, también algún paseíto por la ciudad los días que no fuéramos a visitar a alguno de los amigos que no veíamos desde hacía años.

La casa consistía en un vestíbulo-salón-comedor-distribuidor con una cómoda grande y una mesa para usar en ocasiones especiales. Desde el comedor se daba paso a una habitación de mediano tamaño, con una ventana con reja que daba directamente a la tertulia vecinal. La cocina comenzaba a continuación del salón,

sin solución de continuidad y con dos puertas. Una de ellas era una habitación más pequeña, donde dormiría la tía Antonia. La otra daba a un pequeño patio donde estaban el váter, las macetas y una escalera a la que se enroscaban unas plantas leñosas con flores de pequeños pétalos blancos y otras de un verde intenso en sus hojas.

El chaval dejó sus bultos en la habitación y se dirigió flechado hacia la escalera, que prometía acceso a lugares nunca vistos. En el segundo escalón tuvo que frenar: el aroma del jazmín le salió al encuentro junto con el de la dama y el galán de noche. Entonces no los conocía por sus nombres, pero la intensidad de aquellos aromas lo envolvieron, lo acogieron y le provocaron una intensa sensación de estar en casa, como cuando en el juego del rescate cruzas la línea que impide al otro equipo volver a hacerte prisionero.

Por la escalera se subía a una terraza que ocupaba la misma superficie que la casita, y en la que estaban dispuestos unos palos que elevaban las cuerdas donde se tendería la ropa. La vista nocturna de la calle era muy apacible. Desde allí se dominaban la doble fila de casas y otras construcciones dispuestas perpendicularmente al final de la calle, también bajas, techadas, pero con huecos desde la mitad de la pared al techo que no podían ser ventanas. La madre vino a buscarle para que bajara, pues acababan de llegar los tíos y los primos, pero también para dejar claro que no debía volver a subir sin un mayor acompañante: la terraza era peligrosa. La prohibición fue automáticamente archivada en el mismo lugar que las que le prohibían entrar en el «canalillo» o en los huertos privados y subir a los árboles.

Los primos eran mucho más mayores que los chavales. El tito Paco era un hombre mayor, de hablar despacioso, con fuerte acento y con pelo blanco y abundante. Pero quien los impresionó fue la mujer que los acompañaba, «Titía». Era su hermana, era soltera y era maestra de escuela. Vestía mejor que las mujeres del barrio, sin ninguna nota exagerada, discreta en los colores pero coordinada, elegida al detalle y con una prestancia que completaba su mata de pelo blanco, cortado de peluquería, que le confería un empaque notable. Era ella la que acompañaba siempre a su hermano, que la lucía con gusto, mientras que su propia mujer se

quedaba en casa, limpiando y cocinando para todos. La llegada de los chiquillos iluminó su rostro con una sonrisa que encendió reflejos violeta en su hermoso pelo blanco. «¿Así que estos muchachos aún no han visto el mar?», preguntó, y sin esperar respuesta, dijo: «pues ahora mismo los solucionamos». Tomándolos de la mano, se dirigió con ellos hacia el final de la calle. Su mano era calentita, blanda, envolvente, y su voz los acariciaba mientras explicaba que aquellas construcciones eran los puestos del mercado y que el mar estaba detrás. La luz de las pocas farolas de la calle se iban extinguendo al acercarse a los puestos y desapareció por completo al atravesarlos, pues era una noche sin luna. Y así, mientras caminaban calle abajo, el suelo arenoso, pero con algunas hierbas, iba siendo sustituido por la arena fina de la playa. El silencio inmenso, la inmensa negrura, no eran amenazadores, pues se rompían, a veces, con el bisbeo de las pequeñas olitas que alcanzaban la playa y con la tenue nota de color de la escasa espuma que producían. «Titía» los animó a descalzarse y a tocar el agua con los pies, sin soltar su mano. Les explicó que mañana irían, sí, a otra playa, un poco más lejana, donde comenzarían a disfrutar de las vacaciones, pues esta la utilizaban las barcas de pesca.

Bien, mañana irían por fin de vacaciones. Todavía no, mañana. Por el momento, el silencio, la negrura y el rumor del agua, les decían que habían venido a casa y que cada uno de estos elementos, el barrio entero, en realidad, les acogían sin reservas para poder, al fin, «ir de vacaciones».

# Gachas

JOSE CEA GALLEGO



Hoy vienen los chavales. Se los echa de menos cuando, como ahora, hace tiempo que no los veo.

¿Cómo pueden ser tan diferentes? Juan es serio, callado, «don formal»; Paco, más alegre, charlatán, más cariñoso o, al menos, más expresivo en sus sentimientos. Una siempre espera verlos más a menudo, pero ya están en un momento en que tienen otras prioridades, normal, la juventud.

La casa en el campo siempre ha sido un lugar de encuentro familiar. Aquí, además, la cocina es espaciosa, tiene mucha luz y a través de la puerta y la ventana se abre al jardín, donde el peral, el granado y el arce, como corresponde a la estación, están perdiendo sus hojas, tapizando con ellas el césped y llenándolo todo de tonos ocres y rojizos.

Estos encuentros periódicos tienen sus ritos. El primero de ellos es el almuerzo de media mañana, del que forman parte de manera estelar las gachas manchegas. Las mismas gachas de harina de almortas que tantas, demasiadas veces, hemos tenido que comer

para calmar el hambre. Harina de almortas que ahora hay que buscar en la sección de comida para animales del supermercado, tiene narices la cosa.

Mi hijo nunca aprendió a hacer unas gachas en condiciones, pero mira tú por donde, ha sido Paco el que ha cogido mi relevo, y siguiendo escrupulosamente las indicaciones que tantas veces me ha escuchado dar, hace unas gachas para chuparse los dedos.

En el fondo son sencillas de hacer, pero hay que saber darles su punto: un chorro generoso de aceite de oliva, sofreír unos ajos y luego apartarlos para que no se quemem. Freír los torreznos y apartarlos también. Con el aceite no muy caliente, echar la harina y moverla para que se vaya tostando un poco. Luego, añadir el pimentón con cuidado de que no se queme. Enseguida, empezar a añadir el agua sin dejar de mover, un poco de sal, y cuando las burbujas empiecen a romper y las gachas tengan una consistencia suave y melosa, es el momento de reincorporar los torreznos y servirlos en la mesa en la propia sartén.

Este es el mejor momento de la mañana: sobre la mesa, con la sartén en el centro, el pan, los vasos y el vino tinto, las navajas (o las cucharas para los menos hábiles haciendo sopas), la familia reunida alrededor de la mesa, sopa y paso atrás. ¿Verdad que es una estampa preciosa?

Una nunca termina de irse de los lugares donde se encuentra a gusto, me gustaría hacerme más presente, pero es lo que tiene ser ya solo cenizas.

## «Que no me entere yo...»

M.<sup>a</sup> DE LA CABEZA ARREDONDO MONTOYA

En la alcoba apenas entraba luz. Era un día cualquiera de invierno en el que la niebla escasamente dejaba ver nada tras los cristales. Martina, sentada en una silla junto a la ventana, miraba a su alrededor: una lamparita con la bombilla fundida se posaba sobre la mesita de noche, junto a una taza con restos de café de malta; al otro lado de la cama, sobre la otra mesilla, el teléfono dormía un sueño infinito. Un aparador de madera, ajado por los años, acogía en su regazo unas viejas porcelanas y algún que otro recuerdo. Del techo pendía una araña abierta en cuatro brazos de los que colgaban caireles de cristal que, en otro tiempo, debieron brillar con la luz del sol, pero que hoy ya solo se mostraban opacos por la pátina del polvo que el tiempo fue depositando día tras día sobre su superficie. Un viejo espejo de madera colgado en la pared frente a los pies de la cama mostraba las canas de este desván. Era, la suya, una casa de planta baja que disponía de dos alcobas, sala de estar, baño, un vestíbulo que hacía de distribuidor y un pequeño patio que había vivido tiempos mejores, y donde un negro cuervo aparecía y desaparecía a su libre albedrío.

—¡Buenos días, Martinal! —le dijo la asistenta al entrar en la casa.

Martina no le contestó. Se dejó caer en el borde de la cama y se quedó dormida. Su respiración era la de un corazón cansado. Carmela, así se llamaba la señora que iba a atenderla, levantó la voz:

—Martina... ¿Estás bien, Martina?

—No muy bien —contestó una voz apagada. Carmela se dirigió a la habitación y encontró a Martina intentando incorporarse.

—Venga, Martina, vamos a la ducha.

Martina se dejó llevar cogida del brazo, arrastrando los pies. Hoy no era su mejor día. Durante la noche tuvo una pesadilla... Ya junto a la ducha, una vez desnuda, se paró delante del espejo, en el que vio cómo por su mejilla resbalaban dos lágrimas. Martina recorrió su cuerpo de arriba abajo con una mirada de tristeza que habría emocionado hasta a la persona más insensible. Una melena venida a menos recogida en un rodete, la palidez de sus labios, los pliegues en su rostro, sus pechos caídos, un andar perezoso y lleno de desidia, el vivo retrato de alguien que ya no espera nada del presente ni del futuro.

\*\*\*

Martina había nacido, como tantas otras personas, en una familia humilde, en un pueblo marcado por una guerra cruel y devastadora de la que muchos salieron perjudicados, aunque unos lo fueron más que otros. Los pobres quedaron sumidos en la miseria. La agricultura, el único recurso de la zona, estaba controlada por algunas familias terratenientes y el cura. Al resto solo le quedaba emigrar o, en su caso, malvivir con lo poco que tenían.

Martina era una chica alegre y jovial con ganas de vivir. A sus quince años ya resaltaba entre sus amigas. Su cuerpo era un canto a la vida, de estatura media y bien formado, al que la naturaleza había dotado de un gran atractivo. Destacaba por unas curvas dibujadas a conciencia, por una tez sonrosada y una gran melena que, a veces, se recogía en un moño.

Una mañana que se había levantado temprano, su madre se sorprendió al verla:

—Martina, ¿dónde vas tan temprano con el frío que hace?

—Voy a casa de los señores de Pacheco. Me ha dicho una amiga que están buscando una chica para cuidar a los hijos pequeños.

—Allí no se te ha perdido nada —le dijo su madre—. Anda, enciende el brasero y mira que no se apague.

—Madre, no podemos seguir así. Apenas queda trigo en el atroje y este año no hemos conseguido nada en la rebusca de la aceituna.

—No me gustan esos «señoritingos». Se lo tienen muy creído.

—Pero madre, algo hay que hacer. No podemos seguir viviendo en esta miseria que va a terminar con nosotros.

Don Rosendo Pacheco era uno más de los terratenientes del lugar. Hacía todo lo contrario de lo que predicaba el cura en misa los domingos. Todas las temporadas aleccionaba a los jornaleros con el mismo mensaje: «que no me entere yo que dejáis sin labrar la tierra después de varear las ramas de los olivos y recoger los fardos del suelo». Aunque él decía que era para que la gente no le pisara sus tierras, en realidad se trataba de una maldad más de su poder y soberbia.

\*\*\*

En aquellos años tan difíciles, los niños se dividían en guapos y feos, no había un término medio. Los primeros eran los hijos de los ricos, bien alimentados, con la piel brillante, tersa, esponjosa, sin un moco en la cara, perfectos. Por donde iban, llamaban la atención. Su porte señorial, en ocasiones chulesco, les hacía resaltar entre el resto de los niños. Los feos eran los hijos de los pobres, los que apenas podían comer. Desde muy pequeños

tenían que salir a la vega en busca de algo que vender: esparto, leña, fruta, alcaparras; pero eso sí, teniendo cuidado para que la Guardia Civil no les cogiera, pues podían perderlo todo a manos de estos. Los niños feos parecían viejos con el rostro demacrado y quemado por el sol, con ojos grandes y hundidos, con la piel de las rodillas endurecidas por el frío, como cansados de ser mayores a la fuerza. Vestían pantalón corto con un tirante que subía en diagonal hacia el hombro y bajaba por la espalda hasta la cintura, zapatos dejando asomar algún dedo por delante... A pesar de todo, sus caras dejaban entrever belleza, una belleza que en cualquier momento podría haberse manifestado si hubieran tenido los medios para ello.

Eso sí, en su escasez vivían la vida plenamente. Se aferraban a ella con fuerza y disfrutaban con cualquier objeto al que pudieran sacarle partido.

—Pepe, ¿te vienes a coger ranas? —le decía Joaquín a su amigo.

—Tengo que ir a la vega a por un manojo de alfalfa. Si os venís conmigo, más tarde podemos ir a la balsa grande y os laváis un poco, que buena falta os hace. Allí cogemos ranas, aunque no sé si habrá ahora, porque entre el frío y el cabrón de los Pacheco que hizo una limpia en la balsa no creo que quede ninguna.

—Pues vale, tío, nos vamos contigo —contestaron Joaquín y Pedro—. Y si no hay ranas nos hacemos un arrastraculo...

Los tres amigos se pusieron en marcha, dirección al bancal donde cogerían la alfalfa que Pepe necesitaba. Terminaron pronto, probablemente porque lo que les interesaba era ir a coger ranas, era más divertido.

\*\*\*

A eso de las ocho de la mañana, cuando el sol empezaba a salir tímidamente, Martina se dirigía a casa de los Pacheco. Y aunque en su cabeza bailaban las palabras de su madre —«allí no se te ha perdido nada»—, ella siguió su camino más decidida que nunca. Nada ni nadie le iba a hacer cambiar de parecer, la decisión estaba tomada. Al llegar a la puerta principal oyó un graznido, miró hacia un árbol próximo a ella y allí estaba: un cuervo de intenso color negro que la miraba aleteando con fuerza como si le quisiera decir algo. Durante unos segundos, la joven permaneció inmóvil, un escalofrío recorrió su cuerpo. Ella no comprendió que aquellas señales eran el preludio de un futuro camino lleno de piedras y de alguna flor.

\*\*\*

La sujetaba con fuerza porque lo que tenía en sus brazos era un peso muerto. Los setenta y cinco años habían hecho mella en su cuerpo y en su mente.

—Una ducha te vendrá bien, Martina. Después te hago un café caliente y verás qué bien te sienta.

—No me apetece nada, Carmela. Solo quiero dejar esta vida que no me deja vivir.

—¡No me digas eso, que me quedo sin trabajo!

—Hija, es la verdad.

—Verás lo que vamos a hacer: cuando terminemos con la ducha te pongo el vestido gris y nos damos un paseo para que el aire te refresque un poco.

—Lo que tú digas, Carmela.

Abrigadas hasta la nariz, las dos mujeres salieron a la calle cogidas del brazo. Pero el paseo no fue muy largo. El día no acompañaba y podía ser peligroso caminar a través de una niebla tan espesa, sobre todo para una persona que no tenía interés en hacerlo. Viendo el panorama, Carmela decidió regresar y poner fin al paseo. De regreso a casa pararon en el bar que había en la esquina de su calle y, aunque Martina no quería entrar, al final cedió ante la insistencia de Carmela. Tomaron dos cafés con leche para entrar en calor.

Ya en casa, Carmela recogió el baño e hizo algo de comida. Le dio un beso a Martina y se despidió:

—Me voy, que tengo prisa. Hasta mañana, cielo.

—Adiós, hija.

Martina se dirigió a su alcoba y se sentó en la silla. Una estatua de carne y hueso que no quitaba la vista de aquella ventana. Pasados unos minutos, se quedó adormilada mientras vagabundeaba entre sus recuerdos, buscando el amor que siempre deseó, pero que nunca tuvo.

# La escalera de la calle Segovia

MAYTE MARTÍN DUCE



La escalera de la calle Segovia huele a café y a cigarro puro, crujen sus peldaños de madera desgastados en el centro, pero yo soy una niña ágil e ilusionada y los subo corriendo incluso de dos en dos.

La escalera de la calle Segovia conduce a casa de los abuelos. Los abuelos tienen ocho hijos. Sofía, la mayor, es mi madre y, claro, ya no vive con ellos, pero algunos de sus hermanos, los más pequeños, aún viven en la casa familiar.

Los domingos son un gran día. Casi siempre vamos a visitar a los abuelos. El desplazamiento ya es una fiesta. Un largo camino conduce al metro, donde la taquillera, por lo general siempre la misma, ya nos conoce y nos saluda. Bajamos las escaleras como con prisa y esperamos el ansiado tren que nos llevará a la estación de Ópera. Yo voy leyendo el nombre de las estaciones, me gusta leer, leo cuentos, los de Andersen son mis preferidos. Mi padre me los lleva todos los domingos a la cama antes de levantarme. Cuando no hay colegio, me dice que lea un ratito. También los domingos me lleva el desayuno a la cama.

La llegada a la estación de Ópera es otra fiesta. Allí, como siempre, frente al Palacio Real, aguarda el barquillero a que se le acerquen los niños, los soldados y sus novias. Gira y gira la rueda metálica y dorada de su recipiente grande, rojo y rígido, en donde se encuentran los barquillos. No siempre me compran, pero casi, casi siempre lo hacen.

Aún no hemos llegado a nuestro destino. Queda un último trayecto a pie. Es largo pero muy bonito de recorrer. Vamos andando por la calle Bailén, dejando a nuestra derecha el Palacio Real. Dos soldados con casacas rojas hacen guardia en la puerta. Vemos la Plaza de la Armería y la que será la catedral de la Almudena, que aún no está terminada. Dicen mis padres que lleva así muchos años. Bajamos por la Cuesta de la Vega; esta parte del trayecto es mi preferido, porque en la pared de la Cripta de la Almudena hay una imagen de la Virgen que estuvo oculta durante muchos años. Nos paramos y yo le recito una poesía que mi madre me ha enseñado.

La Cuesta de la Vega baja hacia la calle Segovia, girando y girando sobre sí misma con los jardines que la adornan. El viaducto, a su izquierda, la mira en silencio, ¿nos mirará también a nosotros con sus grandes ojos? Quizás nos conozca de vernos tantos domingos bajar y luego retornar. Por fin hemos descendido toda la cuesta, ya estamos abajo, ya se ve el puente de Segovia

sobre el río Manzanares, ya se ven los balcones de casa de los abuelos. A uno de ellos, siempre el mismo, saldrá el abuelo a despedirnos cuando regresemos de nuevo a nuestra casa. Con su mano levantada nos dirá adiós hasta que deje de vernos, mientras que yo, girando y girando mi cabeza, agarrada de la mano a mis padres, también seguiré con mi adiós hasta que se pierda en la sombra. «Déjalo ya, ¿no ves que el abuelo se ha metido dentro?», me dicen mis padres.



El portal está abierto, como siempre. Esas grandes y pesadas puertas de madera tan solo se cierran por la noche. Las cierra el sereno. Todos los serenitos se llaman igual, Pepe, y todos llevan grandísimos llaveros de metal con las llaves de todas las puertas de madera del barrio. ¿Cómo las distinguirán? Es entonces cuando subo los peldaños desgastados, corriendo, de dos en dos, cuando percibo ese olor a café y a puro, cuando escucho la voz cantarina de la abuela Angelita, cuando me abrazo a ella y enfilo corriendo el

largo pasillo para ver al abuelo que, como siempre, en el comedor, está sentado al lado del balcón, escuchando en el aparato de radio que está sobre el mueble rinconera, a su lado, los resultados de los partidos de fútbol. Después, todos los niños, los primos, jugaremos al escondite bajo las camas. Los hombres, nuestros padres, jugarán a las cartas al *tute* y al *julepe*. Y las mujeres, nuestras madres, hablarán en el cuartito. La abuela preparará la merienda y no faltará la leche frita, ese dulce delicioso que nadie como ella hacía.

La escalera de la calle Segovia ya no huele a café ni a puro. El portal, otrora siempre abierto, está siempre cerrado. El señor Pepe, el sereno, ha sido sustituido por el portero automático. Los abuelos ya no están, mis padres tampoco, ya no subo los peldaños que siguen desgastados en el centro, de dos en dos. ¿A qué huele ahora la escalera? A nostalgia de otros tiempos.

# La Nela

PALOMA MARDOMINGO LINACERO

*(Una mujer de edad avanzada, sentada en un banco. Está sola. Habla con alguien que parece estar muy cerca).*

«¡Chica!... ¡Chica!... ¿Te pasa algo? ¿Te encuentras mal? ¿Quieres un poco de vino? ¿Te doy un cigarro? Deberías tomar un poco de vino, es lo mejor para que te tranquilices, estarías más contenta. Además, te calientas, que hace un día un poco cabrón. Pero ya... Ya me lo tomo yo. No te conozco, tú no vas por Tirso de Molina. Por la tarde siempre estoy allí con los colegas hasta que me voy a dormir.

*(Mirando al infinito, grita).*

»¡Hijoputa, vete de ahí! ¡Deja de mirarme! ¡Mira que va la Nela y te mete dos hostias!

*(Se gira otra vez a la persona imaginaria del banco).*

»Yo no tengo más que vino y el frío metido en estos huesos viejos.

*(La Nela lleva un carro de supermercado con cartones y bolsas de plástico llenas de cachivaches).*

*(Una paloma se posa en el banco).*

»¡Tú también sola, como la Nela! ¿A ti tampoco te quiere tu madre? La mía nunca me quiso, decía que yo era una *neña* muy rara. Me gustaba cruzar el río de noche, saltando de piedra en piedra por donde más corriente había, y me escapaba de casa en camión para tumbarme en la carretera hasta que veía los faros de un coche muy cerca... Recuerdo el calor tibio del asfalto en las noches de verano *(respira profundo)*.

»Llevo muchos años en la calle, sola pero libre. Yo, aunque esté feo decirlo, de joven era muy guapa, tenía unos ojos verdes preciosos y un cuerpo que era la envidia de todas las mujeres de la aldea. En Madrid ganaba dinero, ¡vamos, que era puta! Pero duró poco, no me gustaba el oficio. El vino mata la soledad y las penas (*bebe*). Cuando quieras compañía ven a este banco, por las mañanas siempre estoy aquí (*saca del carro un trozo de pan y le pone migas a la paloma*).

»Yo, de niña, era feliz. Sito, el sobrino del dueño del cine de mi pueblo, siempre me ponía películas cuando su tío, el señor Emilio, no estaba. Parece que lo estoy viendo... En la sala de proyección había dos bocas enormes en la pared; por una salía la película que llegaba a la pantalla con una especie de humo, por la otra, mis ojos muy abiertos, atónitos ante aquella magia para mí inexplicable. Sito se fue enamorando de mí y yo... Del cine. Siempre le pedía *Casablanca*.

*(La paloma revolotea alrededor de ella, se posa en su regazo).*

»Vente a mi colchón, es grande, hermoso. Lo encontré junto a un contenedor de basura y dos edredones calientes. La gente tira las cosas nuevas y a mí me vienen de perlas. Vivo en la entrada de una tienda que nunca alquilaron. Cartones no nos van a faltar, eso te lo jura la Nela (*cruza los dedos y los lleva a su boca*).

*(La paloma sale volando. La Nela se queda callada comiendo el resto del trozo de pan que cogió del carro y un trozo de chorizo que saca de una de las bolsas. Se gira hacia la derecha del banco, no hay nadie).*

»¿Quieres chorizo con pan? Yo no me lo voy a comer todo. Además, cuando cierran el supermercado, las chicas me darán más. Dicen que está caducado, ¡mentira! (*grita*) ¡Está muy bueno! Mis colegas de Antón Martín me dan tabaco, son buena gente, bueno... A ratos. Ellos se piensan que porque soy vieja no me doy cuenta, pero a veces me roban comida del carro. ¡Sí, me roban, me roban los muy cabrones! (*grita que se le oye en todo el parque, baja el tono de voz y se acerca más a la persona imaginaria*).

»Solo he conocido en todos estos años a un hombre bueno, llegó una tarde por Tirso de Molina, yo no lo había visto nunca por allí. Me pidió un cigarro, yo dudé, porque, ¡si vas a ir dando un cigarro a todo el que te lo pide, pues estás apañada! Pero me tendió su cartón de vino. Era blanco y yo siempre bebo tinto, pero me gustó el detalle. Le di el cigarro. Era un hombre distinto de los que andaban por los alrededores del metro. Hablaba poco, pero su voz era tranquila y se dirigía a mí de una forma educada, yo... Yo no estoy muy acostumbrada a ese trato, francamente. Le pregunté cómo se llamaba y me respondió: 'Los que vivimos en la calle no tenemos nombre'. Pues yo sí, le contesté, yo soy la Nela, la que nació en una aldea cerca de Mieres (*queda en silencio*).

»Pasaron los días y no volví a verlo. Una noche llegó y se acostó en mi colchón. '¿Puedo?', me preguntó, y yo solo afirmé con la cabeza. Le dejé uno de mis edredones y varios cartones. En el frío de la noche, noté cómo sus manos levantaban mi ropa y tocaban mi cuerpo, mi cansando y maltrecho cuerpo. Sentí un calor que me subía hasta la garganta y una sensación de bienestar que ya no recordaba. Me acarició la cara con sus ásperas manos y yo volví a mi infancia, al suelo tibio de la carretera en las noches de verano. En el silencio de la oscuridad helada me susurró al oído: 'el mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos...'. ¡Era Rick! ¡Ya decía yo... Esos ojos... Esos ojos!

»Al día siguiente, hice lo que todas las mañanas: saqué una toalla y una botella de agua del carro y me lavé la cara, pobre pero limpia. Lo llamé varias veces, pero no respondió. 'Pues ahí te quedas', pensé, 'que si llego tarde no me dan el café y el bollo en la parroquia'. '¡Voy a por el desayuno!', grité, '¡espero que me den el tuyo! ¡Tienes pan y chorizo en el carro!'

»Estuve mucho tiempo en la puerta de la iglesia. Demasiados pobres, demasiada gentuza que se quiere colar como perros sarnosos y hambrientos. Pero con la Nela no puede nadie. Me dieron otro desayuno, ¡claro que me lo dieron, y si no les arranco las tripas a los putos curas que gordos y calientes lavan sus conciencias dándonos algo de comida a todos los andrajosos, supervivientes de la asquerosa vida de la calle que hemos sobrevivido a la noche!

»Cuando estaba llegando a la tienda que hace muchos años que no alquilan, mi colchón y mis cartones estaban rodeados de gente. En la carretera, un coche de policía y una ambulancia. Continué andando hacia el Rastro. Nunca me ha gustado la policía, solo me ha traído problemas. Anduve cuesta arriba y cuesta abajo, haciendo tiempo, el café se había salido por todo el bolsillo del chaquetón que me dieron las de la parroquia y el bollo estaba deshecho. Cuando llegué al colchón, no había gente, no había policía, no había ambulancia, solo los edredones revueltos y los cartones.

*(La vieja Nela se incorpora torpemente del banco y se agarra al carro, caminando despacio y sin dejar de gritar la misma frase, una y otra vez, y mil veces más).*

»¡Espérame en Casablanca!«.

*(Hasta que su pesado y lento cuerpo va desapareciendo del parque).*

# Hégira de esperanza

JUAN NÚÑEZ-CACHO DEL ÁGUILA

La noche sigue siendo oscura, aunque, a veces, en el negro cielo, aparece un trozo aún más negro pero brillante y perlado de pequeñas estrellas. Arrastrado por la brisa, así como el hueco aparece en las nubes, estas lo hacen desaparecer. Ese negro intenso que intenta penetrar la masa nubosa delata que, sobre ella, la luna ilumina la noche.

Fijar la vista en el cielo evita que el mareo siga creciendo hasta oprimir y revolver el estómago, aunque en él ya no queda nada por expulsar. El bote cabalga las olas sin aparente avance, como si se mantuviera fijo, sujeto al fondo con un ancla invisible, mientras el mar se desliza por debajo, haciéndolo subir y bajar rítmicamente.

Hace tiempo que cesó la tormenta y que las olas dejaron de asaltar el pequeño bote neumático. Entonces, el motor se apagó por falta de combustible, pero el fragor de las olas y la lucha por aferrarse al bote, para no salir despedido, impidieron que alguien se diera cuenta y cambiara la manguera al otro bidón. Durante unas horas estuvieron a la deriva, a merced del oleaje, sin rumbo alguno.

Ahora, el ruido que produce el motor de la pequeña embarcación rompe el silencio de la noche y se impone al rumor del mar. Después de vaciar el bote, aunque totalmente empapadas, las personas de su interior ya no están sumergidas en agua; eso transmite la falsa sensación de confort y seguridad que necesitan para permitirse un mínimo descanso.

Hace frío, mucho frío, no parece una suave noche de comienzo del otoño, sino de un avanzado invierno. Amal lleva puesta toda la ropa que tiene, más un chubasquero que adquirió el día antes de embarcar, siguiendo el consejo de una mujer mayor que, al verla merodear por el puerto de Orán, adivinó su propósito de cruzar —«cruzar», dijo ella— y le aconsejó que se consiguiera un cubre-todo impermeable.

Después de haber estado sumergida en el agua, que convirtió el bote en una piscina, Amal está totalmente empapada. El chubasquero no puede evitar que tirite de frío, como hacen sus compañeros de viaje. La moral de Amal está alta por haber sobrevivido a la tempestad, pero el recuerdo de los compañeros que no lo lograron impide que se sienta feliz. Después de la mala mar hicieron recuento, y de los catorce que se subieron al bote, ya solo quedan once; faltan un joven marroquí y una mujer nigeriana que llevaba en brazos a su hija, de menos de un año.

Faith, que así se llamaba la nigeriana, hablaba algo de inglés y, durante el viaje en el barco nodriza, le contó que abandonó Ibadan, su ciudad natal, 26 meses atrás, y que su viaje había sido un calvario en el que estuvo a punto de morir en varias ocasiones. Su hija fue la consecuencia de las muchas violaciones que había sufrido a manos de militares, policías y criminales. En varias ocasiones se vio obligada a realizar trabajos muy penosos a cambio de comida. Una gente que conoció en Orán se ofreció a llevarla a España y darle allí trabajo, con el que podría devolver el préstamo por todos los gastos de su traslado. A ella le pareció que la oferta no era desinteresada y que la pondría en manos de unas personas que no le inspiraron ninguna confianza, pero no tenía otra opción para alcanzar su objetivo. Por encima de todo, quería darle a su hija una vida mejor de la que ella había tenido.

Amal le contó también su periplo: la guerra de Siria, su país, hizo que ella dejara de ser la mimada hija pequeña de una familia acomodada de Raqqa, para convertirse en huérfana y esposa de un soldado del DAESH. Tuvo suerte, pues a pesar de haber sido forzada a casarse, su marido no la trató muy mal. En pocos meses, los bombardeos sobre la ciudad la convirtieron en viuda y, en octubre de 2017, los pocos milicianos que quedaban huyeron en desbandada ante la llegada del ejército regular.

Aunque esos meses habían sido una pesadilla, casi fueron los mejores de los cuatro años siguientes, en los que anduvo vagando, huyendo de la guerra y buscando un lugar seguro. Hambre, sed, violaciones y maltratos, hasta conseguir llegar a Orán. Allí, unos argelinos le ofrecieron llevarla a España en un barco por un elevado importe. Para conseguir el dinero, aun a riesgo de que la

detuvieran y encarcelaran, Amal optó por prostituirse, pues total, eso ya le daba lo mismo.

Ya embarcada en un pesquero de bandera marroquí, descubrió que este solo los llevaría hasta las aguas territoriales españolas. Allí, al final de la tarde, inflaron dos pequeños botes neumáticos, cuya etiqueta decía «Capacidad para 6 personas» y, en ellos, acomodaron a los 27 exiliados que transportaba el barco. Cada bote fue equipado con un pequeño motor fuera borda, tres bidones de combustible y dos de agua.

Las instrucciones fueron mantener un determinado rumbo, hasta que en el transcurso de la noche les localizara una patrullera del salvamento marítimo español, o de una ONG, a los que avisarían desde el barco una vez que este regresara a aguas internacionales. Cuando, a duras penas, todos se acomodaron en los botes, el cielo estaba cubierto de nubes y el mar casi en calma. Nada hacía presagiar la terrible tormenta que se desató dos horas después.

Comienza a amanecer, el color del cielo muda del gris oscuro al claro, luego al blanco y al rosado, para virar luego al naranja, antes de asentarse el azul. La salida del sol es recibida con alborozo, secará sus ropas y les calentará. Pero con la luz descubren que han perdido uno de los bidones de agua y que el otro está bastante vacío.

En pocas horas, el sol benefactor se convierte en torturador, pues no disponen de nada que pueda darles sombra, e incluso tienen que remojar constantemente las bordas del bote, que se calientan tanto que llegan a quemar.

Se suponía que los rescatarían durante la noche y no están preparados para este sol inclemente. Además, ya no les queda agua potable. Quizás no pudieron rescatarlos por la noche debido a la tormenta, o quizás se desviaron demasiado del rumbo, o, lo que sería peor, el compromiso de avisar fue otra mentira más y nadie comunicó su situación.

Cuando el último bidón de combustible se agota y el bote queda a la deriva, el desánimo cunde en el grupo. La mayoría expresa su miedo a morir de insolación, de sed, o de hambre, en ese bote abrasado por el sol, rodeado del inmenso mar. Amal

intenta sacar fuerza de ánimo, por algo su nombre significa «esperanza». No puede ser que después de todo lo padecido vayan a morir cuando están a punto de alcanzar su sueño: llegar a Europa, donde las buenas gentes les acogerán como a hermanos y les darán una oportunidad para comenzar de nuevo. Tendrá un trabajo con el que ganarse la vida, en un mundo solidario y en paz.

Se esfuerza en creerlo: seguro que así es en España y en los otros países europeos.

O no.

# Mohacho

MARÍA LUISA VILLALOBOS SAAVEDRA

Mohacho es una finca que perteneció a mis abuelos maternos, heredada más tarde por sus tres hijas, una de ellas, mi madre. La propiedad está situada en la zona norte de la provincia de Badajoz y pertenece al termino municipal de Villar del Rey.

Llegado el verano, comenzaban los preparativos para la marcha. Ya acariciábamos la ilusión de todo lo que nos podía ocurrir. El día de la marcha mi padre daba todas las órdenes: «aprisa, hay que ir bajando todos los bultos al coche, que no se olvide nada, que se nos echa la calor encima».

La distancia que nos separaba de la finca era de veinticuatro kilómetros, pero eran tales los nervios que parecía una eternidad. Cuando comenzaba a vislumbrarse la loma en la que estaba asentado el cortijo, eran numerosos los recuerdos del verano anterior: ¿cómo estará nuestro mastín preferido? ¿Habrá corderitos? ¿Estará Catalina?

A la llegada, siempre salían a recibirnos los caseros: «el señó» Antonio y su mujer, la «señá» Dominga. «¡Qué guapos estáis y que mayores, bendito de Dios, ya no se os reconoce!».

Un día cualquiera se iniciaba levantándonos «a punta día», o lo que es lo mismo, al amanecer, para contemplar la salida del sol desde la era. Primero aparecían ante nuestros ojos los diferentes tonos naranjas que iban cogiendo intensidad, poco a poco, hasta volverse rojizos. Allí nos quedábamos extasiados día tras día hasta la total aparición del sol. Después nos dirigíamos a la casa, para tomar el desayuno preparado por la «señá» Dominga, que siempre consistía en sopa de tomate con pan de higos recién cogidos del huerto. Después se iniciaban las clases en el granero. Normalmente nos las daba un mí tío.

Entre primos y hermanos éramos ocho o diez, según los veranos, de edades bastante diferentes, por lo que unos aprendíamos a sumar, otros a dividir; hacíamos también dictados, etc. Lo único que teníamos que memorizar todos juntos eran las

capitales del mundo. ¡Qué importantes debían ser para mí tío y que difíciles nos parecían!

A partir de ahí, el día era nuestro. Teníamos un abanico de posibilidades: realizar jardines en miniatura con los aperos que nos dejaban y utensilios encontrados como palos, latas, botes, cuerdas, plumas de aves o cualquier otro objeto que pensáramos que podía servir... Saltar vallas de piedra que había a lo largo de toda la finca y cuya consecuencia era tener siempre las rodillas llenas de heridas o postilla... Ir a la era, uno de nuestros lugares preferidos, siempre tan bonita, con sus montones de trigo, los garbanzos preparados para pisarlos y separar las hojas secas del fruto, los caminos de hormigas acarreado el maíz para el invierno a su hormiguero...

En esta época no existía mecanización alguna en el campo, por lo que la era estaba siempre llena bueyes y de «mozos» trabajando. Ellos nos dejaban participar en algunas de las tareas y nos contaban historias de sus pueblos, de hombres buenos y malos, de desengaños amorosos e incluso de algún crimen que siempre ocurría en el huerto que estaba a la salida del pueblo. Tal era la impresión que nos causaban sus cuentos que hoy en día aún recuerdo algunos de ellos.

Montábamos en las bestias (así se le denominaba en su conjunto a los burros, yeguas o mulas). El más espabilado de nosotros era el que escogía en cuál de ellos montar y, como era natural, la elección recaía sobre los animales que más corrían. Había que ser muy ávido para la elección. «Yo quiero a la Lola», «yo a la Luchi», y así sucesivamente hasta llegar al último, que era siempre el burro tropezón, llamado así por lo que se tropezaba y caía, con las consecuencias que aquello tenía para el que iba montado en él.

Hacia la una del mediodía había que regresar al cortijo para la comida. Después venía el momento más odiado por todos nosotros: la temida y odiada siesta. Para nuestros mayores era sagrada, tan sagrada que no querían ni oír el ruido de los muelles de la cama al darte la vuelta. La exclamación más oída era: «¡Niños no quiero oír ni el vuelo de una mosca!».

Hacia las seis de la tarde, cuando el sol parecía que iba a empezar a bajar, podíamos volver a salir con nuestros sombreros

de paja, cantimploras, pan y una onza de chocolate. Este era el momento de programar qué hazañas haríamos esa tarde. Aunque casi siempre continuábamos con lo último hecho en la mañana.

Hay hechos que no olvidaré nunca, como el día que el «señó» Antonio iba a comprar al pueblo montado en su burro. Nos llevaba a dos de nosotros, uno delante y otro detrás. Esto era, casi siempre, cada quince días, o los sábados, que hacía el pan para la semana y nos dejaba meter en el horno bollos con nuestro nombre. A veces, también podíamos acompañarle cuando los mozos se encontraban trabajando lejos del cortijo y había que llevarles el almuerzo en las alforjas del burro.

También recuerdo con mucho cariño a su mujer, la «señá» Dominga, delgadita y pequeña, con un agujero en la parte alta de la nariz. Ella, al atardecer, se sentaba con nosotros y nos enseñaba a cantar coplas, a jugar al corro o saltar a la comba.

El día de la vuelta a la ciudad era una gran tragedia para nosotros. Íbamos a despedirnos de Catalina, de Valentina, de sus hijos y de todos los que allí vivían: «¡hasta el próximo verano!».

Así transcurrieron los veranos más felices de mi vida. En el año 1965 enfermó mi madre. Cuando murió, en el verano de 1966, ya nada fue ni parecido.



# Pasaporte a la India

M.<sup>a</sup> DOLORES SÁNCHEZ GARCÍA



La melodía penetraba en sus sentidos invadiéndole por completo. A pesar de que los Beatles no eran un grupo de su tiempo, le encantaban. Del *Álbum Blanco* le gustaban todas las canciones, en especial «Sexy sadie». Había leído que las canciones de ese álbum las compusieron en su etapa mística por la India, por eso, cuando su tía le propuso viajar con ella, aceptó de inmediato. Apagó la luz y pasó los dedos por los márgenes de su pasaporte, su primer pasaporte, que sería para viajar a la India.

A la mañana siguiente, Adrián se despertó sobresaltado: la alarma del móvil subía de volumen desafortadamente. Medio dormido, alargó el brazo buscando el aparato, pero en vez de apagarlo, tiró un libro al suelo, aumentando el ruido. Maldijo a su tía por preparar la salida a esas horas de la madrugada. Adrián agudizó el oído para comprobar que el resto de la casa permanecía en silencio. Trató de serenarse. Mentalmente, repasó todo lo que

debía llevarse y que mil veces le habían recordado la pesada de su tía y su madre. Al mover el edredón, cayó al suelo el pasaporte. «¡La lechel», al final iban a tener razón. Su padre solo le había hecho un par de recomendaciones. Curiosamente, eran las que no olvidaba: «disfruta y abre bien tus sentidos».

El móvil volvió a emitir un sonido, esta vez una especie de silbido. Un Whatsapp de su tía le anunciaba que pasaría a recogerle en veinte minutos. Saltó de la cama y se precipitó hacia el baño. Como una ducha era imposible, se conformó lavándose la cara con agua fría. La temperatura le acabó de despertar. Se miró al espejo: su cabello oscuro y ensortijado no admitía prisas, pero esta vez se lo mojó y lo aplastó con ambas manos intentando dominarlo, «¡joder!».

El suelo de la casa, de vieja madera, crujía a cada paso. Adrián abrió la ventana y comprobó que era noche cerrada. Volvió a maldecir a su tía. Metió el móvil y la documentación en la mochila y tiró de la pesada maleta, que producía un ruido parecido al de un cataclismo. Atravesó el larguísimo pasillo y, antes de abrir la puerta de la calle, su madre apareció con su pelo encrespado, su bata favorita y una tierna sonrisa. Lo abrazó, dándole las últimas recomendaciones. Él, que huía de las demostraciones de cariño, se zafó como pudo, diciéndole que no se preocupara, y bajó por la escalera sin esperar al viejo y lento ascensor.

La calle, solitaria y silenciosa, con una niebla densa que apenas le permitía vislumbrar los escasos coches que circulaban, lo recibió helándole los huesos. Como su tía tardara mucho se terminaría congelando. Un taxi apareció de la nada. El taxista le ayudó con el equipaje y él se precipitó dentro del coche, donde su tía, Elena, le esperaba con los brazos abiertos. Lo achuchó como si de un osito de peluche se tratara. En otro momento, Adrián hubiera rechazado la efusividad, pero con el frío que tenía, aceptó con agrado. Ella le habló sin parar durante el recorrido hacia el aeropuerto, estaba muy ilusionada por realizar aquel viaje con su sobrino favorito.

Adrián no pudo reprimir una sonrisa cuando vio a Elena, izada sobre sus tacones, correr por los inmensos pasillos de la terminal. Fuera cual fuera la circunstancia, ella no perdía su

coquetería. Sin ser una belleza, sabía sacar partido a su físico. Era, además, muy simpática, y siempre estaba dispuesta a pasarlo bien. A él le encantaba y le divertía su forma de ser.

Un empleado de la agencia enarbolaba un cartel con el nombre del destino: «INDIA». Acomodado en el avión, Adrián se relajó: sabía que contando con la escala les esperaban muchas horas de viaje. Sacó su pasaporte. Podía parecer un objeto sin importancia, pero a él le hacía sentir mayor e independiente. Su tía le miró por el rabillo del ojo. Viendo la expresión del chico se sintió satisfecha de su invitación para realizar aquel viaje juntos.

La ciudad de Nueva Delhi les recibió con una intensa contaminación y un caos circulatorio impactante. El pequeño minibús les llevó hasta las puertas del suntuoso hotel Majesty. No empezarían su recorrido hasta la mañana siguiente.

El guía les aconsejó no salir solos. Sin embargo, y a pesar de la insistencia de su tía en estas recomendaciones, Adrián buscó el momento para aventurarse por la ciudad y apartarse del grupo. Fue entonces cuando apenas a unos metros del hotel, la realidad le golpeó sin miramientos. Adrián se encontró en una calle amplia, donde la variedad de vehículos que la transitaban sin orden ni concierto le sobrecogió: los peatones cruzaban sin parecer importarles el peligro que corrían, a pocos pasos de él, una muchacha que cargaba un pesado saco perdió el equilibrio y cayó de bruces. El saco se rompió desparramando el contenido... La desesperación de la chica era evidente, sus inmensos ojos negros le miraron pidiendo ayuda. Los transeúntes pasaban impassibles, nadie la socorría. Adrián tampoco fue capaz de ofrecerle ayuda. Compungido y avergonzado, giró por la primera calle que encontró en su huida.

Un pequeño grupo de niños le salió al paso pidiendo y exigiendo algo de dinero. Era difícil deshacerse de ellos. No tenía nada que ofrecerles, o eso pensó, superado por la situación. Mientras se escabullía, una vez más, las calles se iban estrechando con un sinfín de precarias construcciones multicolor sin orden ni concierto. El suelo, sin asfaltar, era un reguero de vertidos variados. Parecía que enormes manojos de cables suspendidos estaban a punto de caer sobre su cabeza, mientras que el penetrante aroma a

especies desconocidas junto con el hedor pestilente (a miseria y pobreza), embotaron sus sentidos y le produjeron nauseas.



La sed de aventuras del muchacho se tornó en desaliento: no tenía ni idea de dónde se encontraba, ni de la distancia que le separaba del hotel. Adrián prefería no pedir ayuda a su tía, no quería que ella se enterara de sus andanzas. Palpó el bolsillo de su pantalón y se dio cuenta, asustado, de que el pasaporte había desaparecido. Volvió sobre sus pasos y, después de andar unos minutos, lo localizó casi tapado completamente por el barro, bajo los desperdicios acumulados en una de las calles por las que había huido. Aliviado, lo limpió con su camiseta y lo metió en el interior de la mochila. Cuando consiguió sobreponerse, cogió un tuk-tuk que, a gran velocidad, sorteando vehículos y peatones, lo devolvió al hotel Majesty.

Ya en su habitación, Adrián trató de serenarse. Pero la mezcla de emociones encontradas le provocaba un desasosiego difícil de controlar. Se sentía decepcionado y a la vez emocionado por la aventura que acababa de vivir. Su tía le preguntó si había descansado. Lo encontraba pálido y demacrado. El muchacho prefirió no contarle su peripecia.

Después de la cena, el guía les informó del recorrido que harían en los próximos días. Además de Delhi, visitarían Agra y Jaipur. El resto del viaje reafirmó las diferencias abismales entre los lujosos palacios y la pobreza de la mayoría de los habitantes. A pesar de sus primeras sensaciones, Adrián pudo captar la espiritualidad que había inspirado a los componentes de su grupo favoritos, los Beatles.



El intenso *tour*, de pocos días, terminó de nuevo en Delhi, donde tomarían el avión de regreso a Madrid. El viaje de vuelta fue agotador. La escala en Dubai, precipitada. El poco tiempo disponible para el cambio de vuelo fue angustioso para los pasajeros. Llegaron de noche a la capital. La iluminación navideña de la gran avenida lo iluminaba todo, los comercios de marcas prestigiosas llamaban la atención de los posibles compradores con anuncios coloristas, el tráfico regulado y ordenado dejaba paso alternativamente a los apresurados peatones, grupos de personas salían y entraban en los distintos bares y cervecerías, algunos reían divertidos, otros parecían arrastrar preocupaciones intensas... El taxi paró en el portal de Adrián. Él abrazó con cariño a su tía, ella lo retuvo y le dijo al oído «este no será nuestro último viaje juntos».

En casa solo estaba su padre. Después de contestar a distintas preguntas sobre el viaje, se dejó caer en el sofá, cerró los ojos y percibió un delicioso olor a rosquillas de limón. Cada Navidad, su madre las hacía como si fuera una especie de ritual. Entonces, una sensación cálida y reconfortante lo invadió, su padre

le miró por encima de sus gafas e hizo un guiño. Adrián se supo comprendido y querido.

Adrián no olvidaría jamás aquel primer viaje a la India.

# La mirada

EMILIO GUTIÉRREZ PÉREZ



Siempre había oído que la cara, y en concreto la mirada, eran el espejo del alma. Aunque, en mi apreciación personal, son proyectores del alma, de los sentimientos, pensamientos o recuerdos que ocurren en todo momento de la vida y aparecen reflejados en el semblante.

Desconozco el motivo de esa apreciación, es probable que solo sea una pequeña percepción personal, pero cuando observaba las miradas de cuantos me rodeaban podía intuir lo que en ese momento estaba ocurriendo en sus pensamientos. Momentos de tristeza, alegría, amor o pasión, se me representaban en sus miradas como si estuviese viendo una película que los ojos proyectaran en una pantalla imaginaria.

Estábamos reunidos por la tarde en familia después de haber pasado toda la mañana recogiendo la pequeña cosecha de patatas que el abuelo sembraba todos los años, más como una manera de provocar esa reunión anual que por el beneficio económico que pudiera reportar. El día de la recogida era un día especial, un día en el que la familia se reunía y, aunque el trabajo era arduo y el calor del verano lo convertía casi en insoportable, el ambiente en la pequeña vega era de alegría. Abuelos, padres, tíos, nietos, primos, nos reuníamos alrededor de un ambiente familiar en el que se podía observar claramente la satisfacción de estar todos unidos en una tarea común que se había convertido en tradición. El ambiente de esos momentos era cordial, como si todos los que estábamos presentes asumiéramos la importancia de esos instantes. Las risas, las bromas, la predisposición de cada uno de los que estábamos presentes, se reflejaban en nuestras miradas, miradas de profunda alegría y de colaboración.

Una vez terminada la recogida y cargados todos los sacos de patatas en el camión del tío Pepe, regresábamos a casa de mis padres y de los abuelos, ya que ambas estaban unidas, aunque formaran parte de dos fincas diferentes. Allí se procedía a la descarga y selección de la cosecha recogida, no sin antes habernos despedido de Victorio, el único mulero que quedaba en el pueblo y que cuidaba su par de mulas hermosas como si fueran su propia familia. Él estaba viudo desde hacía muchos años, vivía en su casa solo, con las mulas como única compañía, aunque sus hijos le visitaran de manera asidua. Acompañábamos a Victorio todos juntos a un bar cercano para tomar con él unas cervezas, como un ritual, una vez concluida la tarea de la recogida. Siempre viene a mi memoria el olor mezcla de tierra y de sudor que desprendíamos todos, un olor característico que nos impregnaba como si la madre

naturaleza nos hubiese preñado del mismo para recordarnos que todo lo que llevábamos era producto suyo, y que la mezcla de esos dos elementos era también la mezcla de su esfuerzo en criar lo que habíamos sembrado, el esfuerzo hecho por nosotros en cuidarlo y recogerlo.

Las miradas de todos, abuelos, padres y resto de la familia que habíamos participado de esas tareas, eran de alegría y felicidad por haberlas rematado y, sobre todo, por poder celebrar todos juntos.

Era también un ritual, una vez acabado todo el proceso de selección, el reunirnos en torno a unas mesas improvisadas a la sombra de la higuera en el patio, para degustar el producto obtenido junto con otras viandas que se habían preparado para la ocasión. La degustación discurría en un ambiente festivo: las bromas y las chanzas campaban a merced, así como las risas, hasta que de una manera repentina, observé la mirada de mi abuelo. Un velo invisible en la mirada se manifestaba de pronto, así como un largo silencio se adueñó de la sonrisa satisfactoria que unos momentos antes tenía. Mi mirada coincidió por un instante con la suya y, en ella, pude observar los recuerdos de un pasado relativamente cercano. Remembranza de miserias, miedo, explotación, guerra, represión, hambre y esfuerzos ímprobos por salir adelante en la vida. El abuelo era un hombre recio, de constitución fibrosa y delgada, siempre calado con su boina, acostumbrado al trabajo duro y que no se echaba atrás ante cualquier situación de necesidad. Sobre todo, si esa necesidad era de su familia, siempre estaba dispuesto a ayudar. Sus hábitos de conducta rozaban lo ascético: todos los días madrugaba, hiciese frío o calor, salía al patio y se lavaba en una palangana de agua fría a «capuzón», como solía decir, para posteriormente preparar el desayuno para él y para la abuela. En invierno, encendía la calefacción, compuesta por una caldera de leña y carbón que limpiaba y mantenía con esmero. Cuando consideraba que la casa tenía la temperatura conveniente y estaba todo preparado, llamaba a la abuela para que se levantase de la cama.

Su mirada era firme y su rostro reflejaba la seriedad del que había pasado por momentos duros y difíciles, pero sin llegar a ser

una mirada dura, sobre todo cuando trataba con sus hijos y sus nietos, a los que él consideraba como suyos. Hombre de principios, tenía muy en cuenta la seriedad en sus actos, y exigía esa misma seriedad a los de su alrededor imponiendo su autoridad, tomada por razón de edad, si fuese necesario, para evitar cualquier tipo de discusión entre los suyos. Ejercía por lo tanto de patriarca de la familia, un patriarca al que todos respetábamos.

Pues bien, esa mirada intercambiada entre nosotros de manera totalmente fortuita, acompañada de ese silencio profundo, me trasladó, como si fuera de forma telepática, todos los miedos, sufrimientos, hambres y guerras por las que había pasado, implorándome que luchase porque esos malos momentos que no solamente él, sino todos los de su alrededor, habían pasado, no se repitieran.

«Te lo prometo».

Le contesté en silencio: «Gracias».

Me respondió también en silencio.

Su mirada se tornó de repente en una sonrisa apenas perceptible de agradecimiento. La fiesta continuó como la habíamos dejado unos instantes antes.

Desde ese instante, hace ya más de medio siglo, he intentado cumplir esa promesa, e intento hacer extensivo a mis hijos y nietos los valores de paz, libertad y solidaridad hacia los demás que él me transmitió.

Deseo que el abuelo, al que no olvidaré nunca, se sienta satisfecho.

# La hija del herrero

CARMEN MENÉNDEZ LLANEZA

Le cortaron las alas al poco de nacer. Era hija única y pasó su niñez y adolescencia con una madre severa y un padre permisivo y bonachón. Ella siempre deseó dar unos pasos más de los que le permitieron. Pero era una época difícil y, después de la Guerra Civil, en ese pequeño pueblo de Andalucía, todo el mundo quería pasar desapercibido. ¿Todos? No, su padre se sentaba cada tarde en la acera de su herrería a leer el periódico de Solidaridad Obrera.

De niña fue al colegio de El Sagrado Corazón, regentado por sacerdotes que lo dirigían e impartían las clases. A medida que fue creciendo, se le fue haciendo cada vez más difícil soportar el trato diferencial que recibía de sus profesores. Ella era una niña responsable y cumplidora y no comprendía el desagrado con el que era tratada. Antes de terminar los estudios, llegó un día a su casa y dijo a su padre que no volvería al colegio. No volvió. Era ya adolescente y su carácter emprendedor la dirigió hacia una actividad que siempre le había atraído: la docencia. En esa época no hacía falta un título de maestra para dar clases, así que a ello se dedicó con todo su entusiasmo.

Su vida de adolescente transcurrió sin sobresaltos, aunque con las restricciones de aquel tiempo sobre cómo debía vestir, por dónde tenía que pasear evitando la calle Mayor (la consideraban inapropiada para una jovencita), no salir con chicos, etc. Pese a todo eso, la niña, que ya no lo era tanto, tenía la vista fija en un chico de su edad, rubito y con ojos azules, que le había robado el corazón. Con encuentros casuales, primero, y con citas, después, se fueron conociendo y aprendieron lo que era el amor. El servicio militar y la guerra demoraron su unión definitiva, pero al final de un largo noviazgo, se casaron. Vivieron sus primeros años en casa de la familia de su marido, donde fue examinada y criticada por las dos hermanas de él. Al parecer, no tenía suficiente clase social para alcanzar la categoría de esposa de su amado hermano. Fueron comienzos difíciles, pero los superaron, hasta que decidieron a ir a

vivir a un piso muy lindo en una de las calles principales. Allí, ella se afanó en su nuevo trabajo, ser una esposa eficiente: tener la casa limpia, la comida a punto cuando llegara su marido, saber recibir visitas de algunos jefes y estar dispuesta para cualquier actividad que surgiera. Y no, no es que fuera el marido, que era un alma cándida, exigente, ni mucho menos, pero el modelo de la época lo siguieron a rajatabla.

Al principio no pudieron tener hijos. Como siempre ocurría, pensaron que ella tenía algún impedimento físico. Fue a examinarse a un médico de Jaén, p.ero, al final, se verificó que era él quien no podía tenerlos. Superaron la decepción como mejor pudieron, porque entonces, después del matrimonio, el siguiente paso era la venida de los hijos. Claro que todo quedó silenciado y, «oficialmente», era ella quien no podía tenerlos.

Pasado el tiempo, en el trabajo de su marido, que era Jefe de Personal, les hicieron una propuesta: o se iba a trabajar a Madrid, o lo destinaban a un pequeño villorrio de la provincia donde la empresa efectuaba excavaciones de arqueología. Aunque ella se hubiera ido con los ojos cerrados a Madrid, él optó por quedarse cerca de la familia.

La vida en aquel conjunto de casas fue muy difícil para los dos, por la miseria por la que se veían rodeados y por la falta de vida social. Empeoró la situación el tener que hacerse cargo de su padre, el herrero, que se había quedado postrado en una cama a causa de una enfermedad. Todo lo sobrellevó con dignidad a pesar de la falta de medios del lugar. No solo atendió sus tareas de ama de casa y cuidó de su padre, sino que reunió a los niños del lugar, a los que despiojaba y enseñaba las letras.

Cuando al fin volvieron a su pueblo, la vida les devolvió un hogar confortable y una vida sencilla en la que pudieron dedicarse el uno al otro sin grandes contrariedades. Pero como en la vida nada es definitivo, unos años más tarde, él comenzó a sentir síntomas inequívocos de mal funcionamiento de su corazón, que algún miembro más de su familia había padecido. Tras varios tratamientos y visitas a Jaén y Madrid, falleció poco tiempo después. En ese momento, ella, mentalmente, murió con él. Lo afrontó sola, sin ninguna ayuda de la familia de su marido, y

cuando cerró la puerta de su casa aquella primera noche, supo lo que era la soledad. Siguió el luto estricto que se imponía en el pueblo: un año sin apenas salir de casa, sin participar en ninguna fiesta social, ni cumpleaños de amigos, sin bodas, sin bautizos, sin nada de lo que le podía haber hecho soportable su ausencia. Se juró que todo eso se había acabado para ella de por vida. Y así lo hizo: las personas amigas que la querían le llevaban a su casa parte del menú de la fiesta para que ella supiera que la tenían presente.

Salvo en contadas ocasiones que familiares de Madrid consiguieron arrancarla del pueblo, allí pasó muchos años, mencionando a cada instante el nombre de su marido, besando su foto y leyendo las poesías que él le había dedicado, como aquella tan bonita que decía: «el lunar de mi morena...». Perdió la cabeza, ya no sabía lo que hacía, escuchaba voces a través de los tabiques, y no era capaz de cuidarse. Terminó viviendo los últimos años en la residencia de mayores del pueblo, un edificio relativamente pequeño rodeado de un bonito jardín. La poca autonomía que era capaz de ejercer, la perdió en un lugar desconocido para ella. La cuidaron, pero su obsesión era volver a su casa y hablar con su marido. Después, la memoria fue fallando y, poco a poco, igual que los lazos de unión con sus seres queridos, se fue diluyendo.

Murió una madrugada, sola, en una cama de la residencia, quizá sin darse cuenta, pero también sin una mano que la retuviera. Tal vez, al fin, consiguió abrir sus alas para volar al infinito.



# Vacaciones con los abuelos

CARMEN HERNÁNDEZ ALDEA

Suena el telefonillo, y mira que les he dicho veces que usen su llave, que yo puedo estar ocupada. Pero eso no puede ser, en casa de los abuelos no mola entrar con llave. A él le gusta que me sorprenda cuando llegue, que le haga mil carantoñas, cosquillas y achuchones en la misma puerta, no puede esperar más, sigue riéndose como si fuera la primera vez. A mí me da la vida verlo así.

—Abuela, abuela, por fin estoy aquí, vamos a jugar a las cartas y vemos otra vez la película de Atreyu mientras comemos palomitas. Después hacemos tortitas para la cena y nos acostamos juntos.

Ya está, el día de fiesta consiste en eso, no hay mejores planes que hacerlo, además, sin padres.

Eneco es una explosión de fuerza e imaginación. Para él la vida no tiene límites. Vamos a ver de nuevo *La historia interminable*. Volverá a demostrarme cómo es capaz de salvar al Mundo de la Fantasía de la destrucción cuando recite los diálogos como solo él sabe hacerlo, porque los conoce de sobra. A los siete años no es necesario memorizar, las cosas importantes entran en nosotros y se quedan para volver a vivirlas, no hace falta recordarlas, están ahí: la gran tortuga Morla y su mágico Fújur, el dragón mágico de la suerte que le permite volar rápido y con energía. Así es él, jugar es vivir e imaginar es crear.

—Papá, mamá, ya podéis iros, me quedo con los abuelos y no tengáis prisa en volver. Hasta después de que vengan los Reyes no tengo que ir al cole y para eso falta mucho. Tengo que escribir la carta y lo haré con ellos, que se les ocurren otras cosas distintas de las mías, pero que luego me molan: ir de excursión, hacer jabón, quedar con los primos para cocinar tartas, escalar... Y ellos dicen que eso también se les puede pedir a los Reyes.

Eneco viene a casa a pasar unos días para que sus padres, a pesar de esas fechas de imprescindible presencia familiar, puedan irse solos a ese viaje tan esperado. Ese viaje que ayuda a volver a recordarse a uno mismo como persona individual y como parte de una pareja, sin mayores responsabilidades que pensar, como mucho, en los dos.

Así empiezan los mejores días de nuestras «no vacaciones». Estar con Eneco requiere de una energía que no tenemos, hay que reinventarse y encauzar al muchacho para, sin que él se dé cuenta, hacer un pacto de convivencia y «supervivencia» para los tres. Es como volver a bailar. La música nos hace olvidar esas pequeñeces y no tan pequeñeces que nos limitan físicamente y, mentalmente, nos vuelven a poner «en órbita» hasta que el fuelle se escapa y la realidad física se impone. Es lo que hay.

Cuántas experiencias vividas con su madre cuando ella vivía en casa con nosotros... Parece que fue ayer, pero Eneco me hace sentir que la vida es cíclica y que tantas cosas importantes e inamovibles que yo consideraba en aquel momento, ahora cambian de perspectiva y se relativizan. Y yo me pregunto cuál de las dos visiones será la real. Probablemente, las dos, pero no deja de extrañarme mi propio cambio de visión ante situaciones cotidianas que hoy relativizo. Todos evolucionamos, las experiencias te enriquecen y hacen más flexible la vida. No hay tantas cosas básicas.

—¡¡¡Ay, abuelaaaaa!!!

—¿Qué pasa Eneco, por qué lloras? —Su cara lo dice todo. No puede haber cosa peor. Su cara refleja una situación de desesperación que no le he visto nunca antes, está bien fastidiado—. Bueno, no te preocupes, todo tiene arreglo, cariñete.

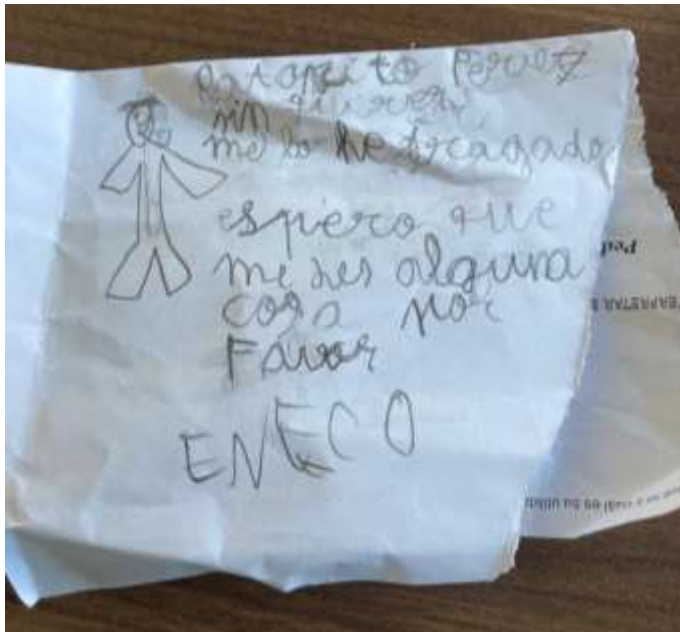
—Que no, abuela, que no se puede arreglar ya nunca. No se cómo se lo voy a contar a papá y a mamá, se van a enfadar mucho y seguro que me castigan, pero ha sido sin darme cuenta. Además,

en el cole no me van a creer tampoco y voy a ser el único de todos que no tenga nada y que no venga. Es lo peor.

Vaya enfado que tiene encima, pobre niño, y la verdad es que tiene parte de razón: la situación no tiene mucho arreglo. A ver cómo solucionamos el tema, porque con este disgusto no lo podemos tener los tres días que quedan y, además, la llegada de sus padres tampoco le va a servir de nada. Ahora es cuando él necesita ese apoyo que le enseñe a superar los malos momentos de la vida que, en cada momento, son distintos e igualmente importantes. La educación no se explica, se aprende de lo que se hace y de lo que se ve, no de lo que se dice, así que a ver qué se me ocurre.

—Mira, Eneco, lo podemos resolver así. Yo creo que la situación la puedes explicar, porque cuando se hacen con buena fe y sinceridad, las cosas siempre salen bien.

—Puf, abuela. No sé si servirá, pero si no hago nada, es peor. Voy a hacerlo...



Eneco explicó su problema y, con ello, intentó solucionar uno de los momentos más trágicos de su vida en ese momento. Creo que fuimos capaces de explicarle que cuando reconoces las situaciones ya tienes ganada la mitad.

# El regalo

MERCEDES ASENSIO MARTÍNEZ DE ARAGÓN

Le había costado mucho elegir. ¿Le gustará el regalo? En su escuela de seminaristas no le habían enseñado a tomar ese tipo de decisiones. No podía equivocarse, le iba mucho en ello. El azul, el verde... Creía haberlo visto fijarse en objetos de este último color que, además, era el de sus ojos. Aunque a sus veinticuatro años, él no acostumbrara a fijarse en esos detalles, le parecía que algo pequeño sería más adecuado para alguien distinguido. Ella era una persona educada en los mejores colegios que había pertenecido a la burguesía vasca y su familia había ocupado puestos de responsabilidad tanto en el gobierno de la ciudad como en el del país.

Su padre, sus tíos, abuelo y bisabuelo, habían jugado un papel importante socialmente en su ciudad y fuera de ella hasta que empezó la Guerra, esa que lo cambió todo, que provocó una terrible persecución hacia todos sus miembros por sus ideas. Solo algunos que sobrevivieron se libraron de la cárcel, o se vieron obligados a exiliarse, en su caso, a la edad de cinco años.

\*\*\*

«Voy a salir con él. En este pueblo de Aragón donde estamos desterrados, después de salir mi padre de la cárcel, lo llaman ‘festejar’. Me lo ha presentado una amiga de la pandilla, es muy guapo, parece muy formal, quizás un poco tímido. No sé qué pensará cuando se entere de que he salido en la hoja parroquial, aunque no creo que montar en bicicleta sea un delito. En el pueblo lo conocen por ‘el millonario de la casa gris’ por ser de familia adinerada.

»Es madrileño. Viene a Tarazona de vacaciones con su padre, que es una persona de ideas conservadoras, las mismas que ha transmitido a sus hijos.

»Nuestros mundos son muy diferentes y, en principio, no estarían destinados a cruzarse, pero hay algo que me empuja hacia él. A pesar de todo lo que nos separa, intuyo sus grandes valores».

\*\*\*

Varios días entró en la tienda. Cogía uno, lo sostenía como sopesándolo... Tocaba el material. Finalmente salía y daba vueltas en su cabeza a lo adecuado de ese regalo.

\*\*\*

El azar los había reunido. Él iba a verla después de algún tiempo, pues vivían en distintas ciudades. Tenía que decidirse por algún obsequio, ya que pensaba que era buen momento para formalizar de alguna manera su relación, de modo que, sin pensarlo más, entró en el establecimiento y tomó el que llevaba tiempo viendo y que había decidido que era el ideal.

—Buenos días, me gustaría saber si la calidad de este es buena, es para una persona muy especial y no quiero equivocarme.

—Claro, caballero, nos acaba de llegar de Italia, es de lo mejor en su género.

En unos días viajaría para verla y seguir conociéndose. Quién sabe si llegarían a más, aunque daba toda la impresión de que serían capaces de salvar todos los obstáculos.

\*\*\*

«Qué nervios... Mis amigas están entusiasmadas, dicen que vaya suerte la mía, que es un chico guapo, elegante y educado. Nos vamos a ver esta semana y creo que me va a pedir algo».

\*\*\*

La portera estaba haciendo la limpieza del portal de la calle Sandoval, como todos los días, cuando él entró para dirigirse a su casa en el primer piso. No había empezado a subir el tramo de escaleras que le separaba de su puerta cuando...

— Buenos días, ¿qué tal está usted? Hace tiempo que no le veo.

— Sí, he estado de viaje algunos días.

— ¿Qué tal está su novia?

— Muy bien, voy a verla el jueves. Mire el bolso que le he comprado.

— Muchas gracias, ¿por qué se ha molestado?

Ese bolso nunca llegó a su destinataria, porque su buen carácter le incapacitaba para contrariar a nadie y no le permitió aclarar el malentendido. El episodio quedó en el olvido hasta muchos años más tarde.

\*\*\*

En su larga vida juntos, él le hizo muchos regalos, pero nunca volvió a comprarle un bolso. Se casaron. Gastaron todos sus ahorros en un viaje de novios que duró tres meses y resultó un buen principio para lo que vino después. Aunque su economía fue muy precaria, sus hijos que les proporcionaron una gran riqueza: cada uno aportaba a la familia su gran mundo interior. Ella, no sin cierto pesar, les hablaba de sus vivencias familiares cargadas de magia y a la vez de nostalgia. Él, con su gran sentido del humor, les relataba episodios —entre ellos el del bolso— con los que todos reían.

## El paso del tiempo

JUVEN GÓMEZ ESCALONILLA

Un pequeño pueblo de La Mancha, calles embarradas y casas encaladas, donde habitaban personas y animales domésticos criados para el consumo diario, casi de subsistencia, en corrales incorporados a las viviendas, donde a su vez, en cobertizos improvisados, se guardaban los aperos del campo y los utensilios del trabajo diario, junto a la pocilga, el gallinero, la conejera... Una combinación de lo más variopinta.



Corrían los años sesenta. Los niños hacían del pueblo un escenario vivo, alegre y muy especial, con juegos tan divertidos como el *pilla-pilla*. Ese era el que más éxito tenía, se corría mucho. Jugando compartían risas y participaban todos por igual. También les gustaban *el pañuelo*, *la comba*, *el truque o teja*, *la lima o clavo*, *ganar vidas con la pelota*, etc.

Todas las tardes, al salir de la escuela, lo primero que hacían era volver a casa a dejar la cartera y coger la merienda, casi siempre, un trozo de pan con una onza de chocolate, pan con aceite o con vino en época de vendimia, cuando se veían pasar tractores con remolques llenos de uvas y desprendiendo el característico olor a mosto. Tras la merienda, raudos y veloces, se incorporaban a los juegos colectivos en la plaza, donde había una fuente con cuatro caños a la que coronaba un busto del maestro «Benito Rodríguez», muy querido por sus paisanos, y a donde acudía a beber agua fresca toda la chiquillería tras horas corriendo y jugando.



En época estival gozaban en uno de los rincones de la plaza donde había sombra durante casi toda la tarde. En invierno, en cambio, los juegos se hacían en una calle cercana a la escuela, donde al contrario que en verano, buscaban más horas de sol y el resguardo del frío polar que arreciaba en aquella zona. Les llamaba la atención el famoso cartel que a día de hoy perdura en la fachada del Bar Plaza: «abonad con NITRATO de CHILE». En él, la

silueta de un hombre con sombrero, montado a caballo, de color negro sobre fondo amarillo. Este era (y aún es) el anuncio de un producto utilizado para mayor rendimiento de la cosecha de cereales y viñedos producidos en la zona. Andrés y Lorenzo, los más espabilados del grupo, hacían creer al resto de los niños que sobre el caballo iba un jinete que era el padre de Tomásín, y que salía en las películas que veían los domingos en el cine de Venancio, ocasionando muchas risas en las noches de verano que tanto les gustaban.

Los niños, de entre cinco y diez años, casi todos morenitos, con la piel curtida de pasar horas en la calle bajo el sol; más o menos rellenitos, con pantalones cortos y camisetas, o vestidos de lunares o flores, o faldas tableadas y trenzas largas con sus lazos pertinentes... Así lucían los niños y niñas del lugar.

Otra de las aventuras que les encantaba era ver pasar el tractor con el remolque llevando la carne del matadero a la carnicería. Andrés y Lorenzo salían corriendo detrás de él y llegaban incluso a subirse en la plataforma, que estaba a su altura. Los demás corrían detrás con gran divertimento y, haciendo gala de ello, al día siguiente en la escuela, lo recordaban como si se tratase de una hazaña que los convertía los en héroes del patio toda la semana, hasta que lo pudiera conseguir el siguiente.

Los padres, agricultores o albañiles; las madres, en época de recolección, trabajaban también en el campo, pero eran amas de casa la mayor parte del año o se dedicaban al servicio doméstico. Algunas eran incluso internas con las familias más adineradas del pueblo. Otras, también cuidaban de sus mayores en casa. Los padres sufrieron la posguerra y algunos también la Guerra Civil. Con ese lastre de tristeza y pobreza que llevaban en su ADN, querían que sus descendientes se hicieran hombres y mujeres de provecho, que aprendieran más que las «cuatro reglas». Ellos querían que tuvieran un buen trabajo y, a ser posible, estable, como se decía entonces.

Los chiquillos crecieron. La mayoría, para poder estudiar, se marchó del pueblo. Los niños, al seminario con los curas; las niñas, internas con las monjas. Y efectivamente así ocurrió: algunos consiguieron la oposición de funcionario, otros maestros... Quedó

el pueblo solo con gente mayor, que envejecía e intentaba sobrevivir con las pensiones, eso sí, muy contentos de ver a sus hijos en la sociedad a la que ellos habían aportado tanto con el espíritu de esfuerzo y sacrificio, con una buena posición, casados y con hijos a su vez.

Ya corrían los años noventa cuando en España maduraba la democracia, tan deseada y respetada por la mayoría. Los niños de aquel querido pueblo ya eran hombres y mujeres, sabedores del tipo de sociedad que querían para sí y sus descendientes; sociedad y democracia que construyeron y se empeñan en mantener y respetar como si del bien máspreciado se tratase.

Pasó el tiempo, años, décadas... Se jubilaron y, en muchos casos, fueron abuelos, tan orgullosos de ver crecer a su nietos en la cultura de la ecología, la digitalización, la globalización... Ahora, dado que se han llenado las ciudades con ríos de gente procedente de esos pueblos, buscando un equilibrio, se trata de llenar y recuperar esa famosa zona vaciada, qué paradoja... Esos chiquillos que con tanta alegría e inocencia llenaron esos lugares mágicos, donde inventaban historias, juegos, chistes, acabaron siendo niños felices. Años para recordar y añorar, no con tristeza, sino con la ternura que despierta la inocencia de la niñez.

## Cuidado con lo que deseas...

MARÍA VICTORIA MARTÍNEZ SILIÓ

«Otro día más. ¿Cuántos van? Nos dijeron que quince días, pero ya va para tres meses y no se sabe cuándo va a acabar este confinamiento». Los días pasan uno tras otro, siempre igual... Marta pasea por su pequeño pisito de un barrio popular de Madrid. Vive sola, con sus recuerdos. A sus casi setenta años ha aprendido a no desear nada, a no pedirle nada a la vida, a que las cosas pasen sin más, porque, como dice ella «podría ser peor que la vida te concediera todo lo que deseas».

Marta se sienta en su vieja butaca cerca de la ventana. Es una tarde triste. Mientras contempla cómo una lluvia fina cae lentamente, resbalando por los cristales, entra en el carrusel de sus recuerdos, que van y vienen imparables, como si de una película se tratara. Se detiene en uno de los episodios más paradójicos de su vida. Tanto tiempo ha pasado...



Allá por los setenta, Marta era una joven y atractiva estudiante de Ciencias Políticas, rebelde, como correspondía al momento y a su edad. Vivía con cuatro colegas en un piso de Lavapiés: Juan, otro estudiante de políticas, muy activista en la lucha política; Elena, estudiante de Filosofía y enamorada, sin mucho éxito, de Juan; Jesús, que estudiaba Derecho por deseo de sus padres, aunque en realidad, lo que

quería era ser músico y pasar su tiempo tocando la guitarra; y Javi que no estudiaba (ni trabajaba) y que se ganaba la vida trapicheando. Javi era buena gente, muy querido por sus compañeros de piso, además de tenerlos siempre bien aprovisionados de maría y chocolate.

La vida parecía más intensa entonces. Formaban un buen grupo y, a pesar de su precaria economía estudiantil, sabían disfrutar de la vida. Marta no había tenido buena suerte en el amor. Estuvo de novia un tiempo con un chico del que estaba muy enamorada, pero aquello se acabó, sus caminos se separaron y no se volvieron a ver más. Ella nunca lo pudo olvidar. Marta, tras su fracaso amoroso, se volvió muy desinhibida. A partir de ahí vivió sus experiencias de manera muy libre en todas las facetas de su vida. Pese a todo, nunca olvidaría a Carlos, y muchas noches recordaba sus abrazos, sus besos y sus caricias, pidiéndole a Dios, a la vida o al universo, que lo trajera nuevamente a su lado.

La situación política y social del país estaba peor cada día. El Generalísimo estaba muy enfermo y la Universidad ardía con constantes huelgas y manifestaciones. Marta y Juan tenían una actividad frenética repartiendo panfletos, participando en reuniones, en asambleas, sin parar de correr delante de los grises. Varias veces estuvieron a punto de ser detenidos, pero siempre se salvaron por los pelos. Se sentían muy comprometidos con la lucha por la libertad y contra el fascismo. Cada día se veían más afines a partidos situados a la izquierda del propio PC, como la CNT o LCR, aunque no eran militantes con carné de ninguno de ellos.

Aquel fin de semana de mayo del 75 había asamblea de estudiantes en la Facultad de Ciencias Políticas de la Complutense. Se preparaba una gran movida para cuando se anunciara la muerte del Dictador, que parecía inminente. Marta y Juan se comprometieron a guardar en su piso panfletos y documentos de los llamados subversivos, que se deberían repartir en el momento adecuado. Era arriesgado y a la vez excitante, sobre todo por cómo se las gastaban los de la Social, Eso les hacía sentirse muy vivos y a la vez orgullosos de formar parte de aquello.

Ocultaron en un altillo del piso los panfletos y decidieron hacer una pequeña fiestecita con unos cuantos amigos. Juan trajo

las «provisiones habituales» y Jesús y unos colegas amenizaron la velada con canciones, entre otros, de Víctor Jara, Pablo Guerrero, Lluís Llach y también de Led Zeppelin, la Clerence, los Stones o de Janis Joplin, la favorita de Marta. Y así, entre música, cervezas, cubatas, porros y risas, pasaron la noche. Poco a poco, los amigos fueron marchándose y quedaron los habitantes de la casa durmiendo entre botellas vacías y restos de la fiesta. Casi a media mañana, Marta, ensimismada, recordaba a su gran amor y se acariciaba bajo las sábanas deseando que estuviera a su lado. De repente, unos tremendos golpes en la puerta y gritos: «¡Policía, abran!». Aquellos gritos la sacaron de sus ensoñaciones y despertaron bruscamente a los amigos que, sin saber muy bien qué pasaba se miraron primero con sorpresa y luego con miedo. Los «maderos» no se anduvieron con tonterías y echaron abajo la frágil puerta del viejo piso, entrando hasta la cocina con gran estruendo.

Al principio pensaron en Javi y sus trapicheos, pero no era eso lo que buscaban. Uno de los policías se acercó a Marta. Agarrándola bruscamente por la muñeca, le preguntó por el material subversivo. Marta, dolorida, gritó: «¡Suélteme, me hace daño!». Como respuesta, el policía le soltó una bofetada que la hizo trastabillar y caer al suelo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. El policía que la había golpeado volvió a gritarle «¿Dónde tienes los panfletos, puta roja de mierda?». Los compañeros de piso estaban aterrorizados. Alguien la ayudó a levantarse y no fue ninguno de sus amigos. Al alzar la cabeza se encontró con el rostro de otro policía. Era Carlos, que sin decirle nada, la miraba con ojos fríos y distantes. No podía ser, era él, su antiguo amor, quien ahora la ponía de pie con brutalidad y le cogía las manos para ponerle unas esposas. Era él, su gran amor quien la conduciría a la lechera y a los calabozos de la Puerta del Sol. Mientras, el resto de los policías había puesto la casa patas arriba y, por supuesto, encontraron lo que buscaban.

Aquella historia le costó a Marta tres meses en Yaserías, antecedentes penales y una sensación de desencanto triste que le duró hasta las primeras elecciones democráticas del 79. A partir de ahí, una relación sentimental con una compañera de celda que duró tres meses, un matrimonio convencional que duró tres años, y

un hijo que le dio un nieto y que ahora tan solo la llama cada tres semanas...

Marta, con sus casi setenta años, sonrío amargamente mientras recuerda y mira cómo cae la lluvia tras la ventana y, bajito, suavemente, musita: «cuidado con lo que deseas... No se te vaya a conceder».

# Acertijo

MAYTE MARTÍN DUCE

Podrás verlo ahora con forma de ave, ¿sabes lo que es un ave? Es un animal que vuela, que se desplaza ágil y veloz, que surca el aire con gracia, rápido, elegante, silencioso, que llega a su destino a tiempo para anidar. Sin embargo, no surca el aire, va por la tierra, veloz, puntual, lleva en su interior sueños, ilusiones o tristezas, bullicio o silencio, gentes que se conocen por unas horas y que no volverán a verse.



# La puerta

ESPERANZA BASURTO

Se dirigía con paso firme y decidido hacia la puerta. Cuando se encontró ante ella, se paró, se quedó quieto, inmóvil. En el silencio de la escalera, solo se oía su respiración fuerte y agitada. Había venido caminando rápido, casi corriendo, para no demorarse. Él sabía que ella estaría dentro, como todos los días, sentada en el sofá frente al televisor encendido y mirando al suelo, con la mirada perdida. Sí, conocía bien la escena, la había visto demasiadas veces. Él siempre llegaba ante esa puerta con la esperanza de que aquel fuese el día, el día en el que se produjera el milagro, el día en el que ella volviera a ser la de antes, la que nada más abrir la puerta se abalanzaba sobre él para besarle y abrazarle efusivamente con una sonrisa, siempre con una sonrisa, su sonrisa, la que lo conquistó. Pero todo eso pasó, hace tiempo que ya no le sonrío y apenas habla. Él, con sus muestras cariño, continúa confiando en encontrarla cada día al volver a casa y, entonces, cuando llega ante la puerta, se para, reflexiona, siente miedo, miedo de volver a encontrar a ese ser extraño y ausente con el que vive. Lentamente, saca la llave de su bolsillo y la introduce en la cerradura. Al girarla, la puerta cede y se abre. Camina despacio hacia el interior, buscando temeroso a su mujer. Al llegar a la sala, se para y siente cómo todo su cuerpo se estremece. Allí no hay nadie. La habitación está vacía, la televisión está apagada y ella no está. De repente, la casa se ha convertido en un lugar sórdido y desconocido que desprende soledad. Se deja caer en el sofá, rendido y sin fuerzas, cerrando los ojos para no mirar.



## Biografías de autoras y autores





M.ª DE LA CABEZA ARREDONDO MONTOYA

Nacida en 1956 en La Unión (Murcia), se tituló en Filosofía y Letras por la división Filología en la Universidad de Granada. Actualmente realiza el cuarto curso del ciclo formativo en la Universidad para Mayores de la Complutense.



MERCEDES ASENSIO MARTÍNEZ DE ARAGÓN

Nació en Madrid en 1957. Empezó a trabajar a la edad de quince años, empujada por necesidades familiares, al ser la mayor de siete hermanos. Ha trabajado en un banco durante 34 años y, ahora, una vez jubilada, deja volar su creatividad e interés por explorar distintos campos que siempre le han atraído



MARISOL BARTOLOMÉ FERNÁNDEZ

Estudiante de cuarto curso en la Universidad para Mayores de la Complutense. Maestra de Educación Infantil retirada. Acostumbrada a leer y escuchar historias de mentes inquietas y soñadoras y a codearme con la infancia, aquella maravillosa etapa. Ahora vuelve a ser alumna con muchas ganas de seguir aprendiendo y coleccionando más experiencias.

Ha estado siempre muy unida al mundo del Arte. Cuando llegó a la enseñanza, su objetivo fue incidir en la capacidad expresiva de sus estudiantes. En la UCM cursó estudios de Experta Universitaria en Educación Artística y participó en todos aquellos foros que le abrieron ese mundo tan complejo y apasionante como es el mundo del arte.



ESPERANZA BASURTO

Esperanza Basurto (Burgos, 1958). Su interés por la lectura y la escritura comenzó siendo muy niña. Con el correr de los años, este interés ha ido creciendo en intensidad y en determinación hasta el día de hoy. En Madrid, su vida profesional ha estado vinculada al mundo del libro y de las editoriales, durante muchos años, como diseñadora gráfica y como colaboradora de algunas publicaciones. Trabajó en la editora del diario *El Independiente*, en la revista *Dunia* del grupo Editorial G+J España S.A., y coordinó la publicación del *Boletín de la Agrupación Aire Libre* del Ateneo de Madrid, donde incluyó varias entrevistas realizadas a miembros ilustres de dicha institución, como el político y abogado José Prat Diosdado (1905-1994), la escritora Carmen Martín Gaité (1925-2000), o el antropólogo y ensayista Julio Caro Baroja (1914-1995), entre otros.



JOSÉ CEA GALLEGO

José Cea Gallego, 62 años, nacido en 1959 en Madrid. Estudió en la Escuela de Asistentes Sociales de Madrid. Informático bancario, ha pensado muchas veces en escribir algo. Este es su bautizo de tinta.



ANASTASIA DÁMASO PARDILLO

Anastasia Dámaso Pardillo nació en Madrid en 1957. Es licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Madrid. Aunque su trabajo le llevó más por el mundo de los números, siempre le ha gustado la lectura. Desde hace cuatro años es estudiante en la Universidad para Mayores de la Complutense.



JUVEN GÓMEZ ESCALONILLA

Juven Gómez Escalonilla (Fuensalida, 1961), jubilada, es actualmente alumna de la Universidad para Mayores de la Complutense. Le gustan la lectura y el teatro.



EMILIO GUTIÉRREZ PÉREZ

Emilio Gutiérrez Pérez, 66 años, nacido en Mejorada del Campo (Madrid). Título de Formación Profesional como Mecánico Ajustador en la Escuela de Formación Profesional de ENASA (Pegaso), ha desarrollado toda su vida laboral en dicha Empresa. Amante de la música y de la lectura.



PALOMA MARDOMINGO LINACERO

Paloma Mardomingo Linacero ha dedicado su vida laboral a la enseñanza. Jubilada, actualmente, es estudiante en la Universidad para Mayores de la Universidad Complutense de Madrid. Sus grandes aficiones son hacer teatro y mirar las caritas de sus nietos.



MAYTE MARTÍN DUCE

Mayte Martín Duce nació en Madrid en la década de los cincuenta. Apasionada por la lectura y la escritura, escribe relatos desde niña. Diplomada en secretariado internacional de dirección, también ha cursado estudios de enfermería, y no ha dejado de interesarse nunca por la medicina. El deporte, estudiar, viajar, conocer gentes, y restaurar todo lo relacionado con la madera, forman parte de su día a día.



AGUSTÍN MARTÍN MARTÍNEZ

Agustín Martín Martínez (Burgos, 1951). Las artes escénicas y la música le han acompañado durante toda su vida laboral, lo que le ha proporcionado una dosis diaria de sensibilidad creativa. Por ello, en su breve relato ha intentado evocar un espacio de ficción, imaginando una realidad impregnada de admiración por el arte y los artistas. En la actualidad cursa estudios en la Universidad para Mayores de la Complutense (cuarto curso).



MARÍA VICTORIA MARTÍNEZ SILÍO

Nacida en Madrid en 1955, es licenciada en Filosofía y Letras (Arte y Arqueología) por la Universidad Autónoma de Madrid. Apasionada del cine y la literatura desde muy joven, escribe pequeñas narraciones sobre todo para ella misma, aunque en el año 2010 fue finalista de un concurso de relatos sobre el Camino de Santiago con el cuento titulado «Camino mágico», que forma parte del libro publicado por la editorial Casiopea *Peregrinas por el Camino de Santiago*.



CARMEN HERNÁNDEZ ALDEA

Carmen Hernández Aldea nació en Madrid hace 64 años. Es psicóloga de formación y funcionaria de profesión, como muchas otras psicólogas de aquella primera promoción independiente de Filosofía y Letras que nunca llegó a trabajar en ello. No obstante, mantiene aquel interés por los afectos y las sensibilidades, sin despreciar la curiosidad por los cambios tecnológicos y las nuevas herramientas que nos permiten compartir este mundo lleno de oportunidades para todos aquellos que quieran navegar a sus anchas por las grandes veredas de la comunicación.



CARMEN MENÉNDEZ LLANEZA

Carmen Menéndez Llana, nacida en Madrid. Madre de una hija y tres hijos, dedica una gran parte de su tiempo a temas sociales. Es miembro fundador de la Federación Española de Padres de Niños con Cáncer (1990) y, en la actualidad, es responsable de Sanidad de dicha organización. Escribir a diario es una necesidad, un placer, algo de lo que no podría prescindir.



JUAN NÚÑEZ-CACHO DEL ÁGUILA

Juan Núñez-Cacho del Águila nació en Linares (Jaén) en abril de 1953, mas siempre vivió en Madrid, con la excepción de tres años en Santiago de Chile. Si bien su vida profesional la dedicó a la ingeniería, ha sido desde niño un apasionado lector y amante de la literatura. Al jubilarse, pudo dedicarle tiempo a su otra afición, que es escribir, y ha autopublicado tres novelas con Amazon. Actualmente está escribiendo la cuarta. Como en *Hégira de Esperanza*, cada novela incluye una visión crítica de nuestra sociedad y una reivindicación para mejorarla.



JOSÉ PRADO VALLE

Nacido en 1953 en La Llama de la Guzpeña, en el noroeste de la provincia de León. En 1978 se traslada a Madrid. Diplomado en Relaciones Laborales, es la primera vez que ha escrito un texto literario. Cursa sus estudios en la Universidad para los Mayores de la Complutense.



M.ª DOLORES SÁNCHEZ GARCÍA

María Dolores Sánchez García (1951) nació en Vélez Rubio (Almería). He estudiado cursos de Creación Literaria en el Centro Cultural Bohemios (2006), Escritura Creativa en la Escuela de Escritores (Cadena SER 2021), Curso Para Escribir Mejor en la Universidad Complutense (2022) y Literatura del siglo XXI en la Universidad para Mayores de la UCM. Expresarse con la escritura es lo que le aporta mayor satisfacción.



MARÍA LUISA VILLALOBOS SAAVEDRA

Nacida en Badajoz en 1952, en el seno de una familia de agricultores y ganaderos, en donde ocupó el tercer lugar de cuatro hermanos. Inició su formación académica en el colegio de la Compañía de María y en el instituto Bárbara de Braganza. A los dieciocho años cursó la carrera de Derecho en Sevilla. Se licenció en 1978. Su vida laboral la ha desarrollado en Madrid como funcionaria del Servicio Público de Empleo Estatal, especialmente en las Escuelas Taller dedicadas a la enseñanza de personas sin recursos hasta la edad de jubilación. En la actualidad, sus hobbies son ir al cine, caminar, viajar, aprender cosas y disfrutar en familia y amigos.



ANTONIO SOMODEVILLA GARCÍA

Nacido en Madrid en 1953, en la denominada «Colonia Ibarrodo», situada en lo que era el extrarradio de la ciudad, donde los emigrantes, del sur de España, principalmente, levantaban sus humildes casas. Licenciado en Ciencias Empresariales por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), ha sido funcionario del Estado integrado en el Cuerpo Superior de Técnicos de la Seguridad Social hasta su jubilación en 2017. Lector cuasi-compulsivo desde su infancia, nunca hasta ahora había dado el paso para elaborar sus propios relatos.



MANUEL BROULLÓN  
(ED. LITERARIA)

Manuel Broullón (Cádiz, 1987) es Personal Docente e Investigador en la Sección departamental de Literaturas Hispánicas y Bibliografía en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, en donde imparte materias de Literatura y Medios de comunicación y Escritura Creativa. Es responsable del Proyecto de innovación docente UCM 145 «Laboratorio transmedia». Ha publicado el libro de prosas poéticas *La tonalidad precisa del rojo* (Kaótica Libros, 2021) así como varios poemas y relatos en revistas nacionales e internacionales.





LA PRIMERA EDICIÓN DE  
*RAÍCES Y ALAS*  
(*RECUERDOS Y FICCIONES*)  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL  
29/05/2022,  
64 AÑOS DESPUÉS DEL FALLECIMIENTO  
DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, CUYOS  
VERSOS APADRINAN ESTA OBRA.





Con el título de *Raíces y alas* se pretende dar a conocer una antología literaria habitada por experiencias, recuerdos, ficciones y reflejos del pensamiento de una generación nacida a mediados del siglo XX, a la que le correspondió luchar por un futuro mejor después de sufrir las consecuencias de un período oscuro de la historia, pero que, también, lo hizo con la alegría propia de la juventud.

*Raíces y alas* es una recopilación de relatos cortos de alumnos de la Universidad para Mayores de la Universidad Complutense de Madrid en su sede de San Blas. Dicha recopilación surgió de una serie de trabajos presentados en la asignatura de Literatura del siglo XXI, llevados más allá en un proceso de reescritura y edición horizontal y compartido.